









## Abecé de lo esquizo

COLECCIÓN LETRAS



narrativa

GUSTAVO GUERRERO

# Abecé de lo esquizo



GOBIERNO DEL  
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza  
*Gobernador Constitucional*

Marcela González Salas  
*Secretaria de Cultura y Turismo*

CONSEJO EDITORIAL

*Consejeros*

Marcela González Salas, Rodrigo Jarque Lira, Gerardo Monroy Serrano,  
Jorge Alberto Pérez Zamudio

*Comité Técnico*

Félix Suárez González, Rodrigo Sánchez Arce, Laura G. Zaragoza Contreras

*Abecé de lo esquizo*

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, 2020

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México  
Jesús Reyes Heróles núm. 302,  
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,  
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Gustavo Abel Guerrero Rodríguez

ISBN: 978-607-490-304-1

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

[www.edomex.gob.mx/consejoeditorial](http://www.edomex.gob.mx/consejoeditorial)

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

CE: 217/01/08/20

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.



*A Marco Aurelio Chavezmaya, el primer lector de este libro*



## A

### Aleph partidista

**Ante Dios.** Estaba ni más ni menos que ante el Creador, el gran filósofo, mexicano por añadidura. Se olvidó por un momento de su aspecto y, en cambio, le preguntó a bocajarro por qué había creado esta profesión. Se entiende su apresuramiento porque estaba en campaña. Dios, entonces, sacudió su cabeza y respondió que errar es divino.

### Abecé de lo esquizo

A buen conflicto, demostración eficaz: fuente grandiosa, hija inmaculada, j... k... l... m... n... ñ... o... p... q... r... s... t... u...

v... w... x... y... z... Lo siento, ya encontré mi línea de fuga. Devine pensamiento.

### Abel

Antes de comer, Abel daba siempre las gracias a יהודה por la comida vertida en su cuenco. Yo, en cambio, sí sabía su nombre, y para agradecerle le ofrecí a quien más amaba yo: mi hermano Abel.

### Altar

A sus sesenta y cinco años, Delina Fernandes Pereira era la matriarca y, como tal, regía el comportamiento de su comunidad. Su filosofía masónica de “uno para todos y todos para uno” le había acarreado el respeto de los moradores. La gurú era viuda, madre de quince hijos y era llamada madre aun por quienes no tenían lazos sanguíneos con ella. Dueña de la tierra donde se levantó el caserón y los campos de siembra, doña Delina heredó la tarea de contar la historia de prejuicios que se ha perpetuado hace más de un siglo sobre su familia. Cualquiera conoce los fantasmas del pueblo, pero sólo ella, de hecho, es la dueña de la historia.

Con un cigarro en la mano, que ella misma lio, me invitó a acompañarla por los prados adyacentes al caserón. Me dijo que todo comenzó por causa de un romance. La abuela de doña Delina se armó de valor un buen día de la Señora del Perpetuo Socorro,

como esperando inspiración y bendición divinas, para largar a su marido y fugarse con el abuelo Francisco.

Infeliz por los muchos silencios y poco sexo con un inmigrante francés llamado Artur Pierre, Maria Senhorinha de Lima huyó con Chico Fernandes hacia un pueblo llamado Roças Novas, a finales del siglo XIX. La familia de Francisco, indignada por el acontecimiento, trató de regar como pólvora, en la región, el adulterio para que los amantes, en cuanto llegaran al lugar, fueran hostilizados por los vecinos. Por si fuera poco, la Iglesia excomulgó a la pareja y a la familia que procrearan por cuatro generaciones. A pesar de la condenación, Maria y Chico construyeron el caserón y criaron doce hijos.

Casi cincuenta años después, cuando el hechizo parecía entrar en el olvido de la población de Roças Novas, otro casamiento agravó la situación. Fue el de Delina, que vivía en el caserón, con el pastor evangélico Anísio Pereira. Ella tenía dieciséis años y él cuarenta y tres. El pueblo no reparó en las edades, pues Anísio era hombre de Dios. El problema fue cuando el ministro quiso levantar la iglesia Noiva do Cordeiro y pasar a convertir a las personas.

Doña Delina dio una bocanada honda a su cigarro y vio cómo las volutas se deshacían conforme el viento se las llevaba colina abajo. Después me dijo que no recordaba si el nombre que dio origen a la comunidad fue un homenaje de su marido Anísio en su nombre, “pero yo desconfío que sí. Fui la novia del cordero, aquel que quita los pecados del mundo. Ahora te corresponde terminar su obra. Escoge una de mis nietas y comienza a construir un altar”.

### Análisis lacaniano

—Antes de que escriba cualquier cosa, quiero decirle que hoy soy así, pero mañana puedo ser asado —reflexionó el pollo.

### Angustia

Allí estaba todavía dinosaurio, él despertó cuando y... Todavía dinosaurio, allí despertó cuando estaba y él... El cuando despertó dinosaurio y todavía allí... ¿Despertó él?, ¿dinosaurio?, ¿y allí?... ¡Allí! Despertó el dinosaurio cuando estaba... ¡Demonios! Si Pierre Menard pudo escribir el *Quijote* olvidándose de Cervantes, yo podré escribir la historia del dinosaurio cuando allí esté, despierta, mi imaginación y adormecido mi recuerdo de Augusto Mon... ¿Cómo se llamaba? No importa, porque en este momento se está despertando mi padre alcohólico.

### Ante una copa

A la hora en que los perros asolearán sus barrigas en la banquetta, tras olisquear el tufo que emanará del caldero de carnitas de la esquina, don Rafa entrará y saludará con una inclinación de cabeza. El cantinero ya le preparará su garañona, un licor dulzón de hierbas que, según reza en una pared, es el verde consuelo de los pobres de bolsillo. Poco después llegarán de su partido los muchachos, entre risotadas y empujones, entre olores a tierra y sudor. Uno de

ellos abrirá el indefectible frigorífico antiguo en el que, a través de un vidrio rajado y deslustrado por el tiempo, se ven algunas cervezas mal congeladas. El viejo se animará con las risas. “Ganaron”, pensará. Observará en la pared, encima de los pomos cubiertos de polvo, el afiche de los Diablos campeones de 1998 y, sobre el anaquel de las frituras, la foto del equipo del barrio. Cuando tomaba unas garañonas de más decía que había jugado de juvenil en el Toluca y que inclusive fue convocado en el equipo profesional. Los clientes se reían de lo que llamaban “delirio del viejo Rafa”. Incluso no faltaba quien dijera que nunca habíase visto un viejo tan mentiroso.

—¿Por qué, entonces, no se volvió profesional, viejo?  
—inquiría alguien, sonriendo.

—La bebida. ¡La bebida fue mi desgracia! —afirmaba con voz impasible al tiempo de apurarse el trago hasta agotarlo.

Sus respuestas no convencían a nadie y la mofa recrudecía. Pero ese domingo, algo inusitado pasará. Un joven entrará en la cantina y los presentes transformarán su rostro. Algunos quedarán boquiabiertos. Otros se restregarán los ojos para comprobar que no están engañados. Clavarán su mirada en el visitante como si de una aparición se tratase. El silencio, a continuación, tomará cuenta del bar. Su mentón será inconfundible, así como su acento *brasileiro*. Los antes habladores ahora parecerán niños autistas.

—¡Mi amigo Rafael! Hace mucho tiempo que estoy buscándote.

Todos estarán de acuerdo en la genuina emoción en las palabras del recién llegado. A continuación, don Rafa saldrá de su estupor y después ambos se brindarán un fuerte y demorado abrazo. Los

más cercanos a la escena jurarán haber visto lágrimas brotando de los ojos de ambos.

—Oye, Senha, ¿me das tu autógrafo? —dirá uno al tiempo de jalarse la playera escarlata que, de tan ajustada, le hará ver más prominentes sus chichis de marrana recién parida.

Otros se quedarán con las ganas y guardarán los bolígrafos en las bolsas traseras de los pantalones, pero aprovecharán el momento para acercarse. Todos despedirán a don Rafa y a Senha como si a luchar a Troya se dirigieran. Habrá aplausos, vivas y porras, lo que bien merecido se tiene un veterano de la guerra deportiva. Y entonces, don Rafa podrá volver al domingo siguiente a la taberna con la frente muy en alto. Y no le dará vergüenza conversar con su copa, como lo está haciendo en este momento, esperando que Senha haga su acto de aparición.

### Amistad

Antes de morir, en su lecho de muerte, mi abuelo me reveló al oído que lo único que valía la pena en la vida era la amistad y, por ello, que me buscara un amigo. “¿Cómo conseguirlo?”, le pregunté. Por desgracia, en ese momento, mi viejo ya había pasado a dormir el sueño de los justos. Años después, recordé aquel postero consejo porque había tenido una fuerte discusión con quien creía, en ese tiempo, era mi mejor amigo. Habíamos crecido juntos y compartido, además de la miel de la vida, el acíbar de las penurias, y creí sinceramente que lo que nos unía era más el dolor que la dicha. Pero por encima de todo —y ésa era la piedra



fundamental— teníamos ideas en común. ¿No acaso nos reunimos los hombres en torno a un mismo ideal? Así, creo, fue que los franceses concibieron la fraternidad.

Dejé pasar algunos días para ver si menguaba el enojo entre nosotros, pero al cabo de éstos no dio la menor señal de vida. “Claro”, pensé, “es un orgulloso como yo. De eso se trata la comunión de las ideas”. Me encogí de hombros y dejé que la vida siguiera su curso.

Semanas después, en el aniversario luctuoso de mi abuelo, nos reunimos en casa de la abuela para conmemorarlo con una comida. En la sobremesa, mi abuela se me acercó y me preguntó que si tenía algo, pues notaba mi cara un poco descompuesta. Le confesé que me sentía pésimo por el distanciamiento entre mi amigo y yo. Luego, le pregunté qué era la amistad para ella. “Como tu abuelo siempre decía: no es el caso de tener ideas en común con alguien, sino de un lenguaje en común. Él tenía una hipótesis: cada uno de nosotros está apto para entender un determinado tipo de encanto. El pudor, por ejemplo, es un tipo de encanto irresistible”.

No comprendí lo que había querido decir mi abuelo en los labios de su viuda. Sólo semanas después caí en la cuenta del significado de esas sentencias, ya que encontré gran cantidad de amigos en un estadio de fútbol, donde al unísono le mentamos su madre al árbitro.



## Be

### Bajo el puente

Bien no había cambiado de hábitos el cielo de naranja a violáceo cuando el ciego quiso explorar los colores; el sordo, cuidar el canto del mirlo; el mudo, historiar lo que acontecía en su corazón y el necio probar que los milagros no llegaban a los arrabales.

### Berlín

Burkhard, el médico alemán que —se decía— le había dado la idea de la penicilina a Fleming catorce años antes, se descalzó al volver a casa. Se dirigió a la mole decimonónica que llamaba

armario para sacar su bata de dormir. Al abrirlo, descubrió en su interior a un perro, cuya raza no pudo definir porque ya se había quitado las gafas. Quizá era un labrador retriever, porque movía la cola afectuosamente y estaba bien dispuesto al prójimo. Lo malo del asunto es que a pesar de su naturaleza gentil, no quiso salir del armario. Cuando cayó en la cuenta de que sus súplicas eran inútiles, el doctor Burkhard dejó al labrador lamiéndose su nariz rosa y fue al cuarto para darse una ducha. Sin embargo, cuando abrió la puerta se encontró a otro perro echado en el mosaico, como esfinge. Se trataba de un perro de aguas, poco animoso porque gruñía quedo.

El doctor cerró la puerta y se dirigió a la cocina, en donde halló adentro de una cacerola a un bichón frisé, de pelaje blanco y esponjoso. A pesar de su ternura y su impecable aspecto, era de pésimos hábitos, ya que había hecho de las suyas en diversos trastos.

Cansado, sucio y hambriento, no le quedó más remedio a Burkhard que irse a trabajar a su despacho, pero al abrir el cajón de su escritorio apareció un chihuahua, cuya temblorina le salvó del exilio.

Y así, en todos los recovecos, vio nuestro galeno canes escondidos, dueños imperturbables de sus espacios. Éste, bajo la cama; aquél, sobre el mueble de la vajilla e inclusive otro medio congelado en la nevera.

Sin embargo, Burkhard era de buen corazón. En vez de acudir al conserje del edificio para que le ayudara a expulsar a los invasores, fue con el carnicero, a quien ordenó a partir de aquel día el doble de su ración de carne acostumbrada. Esta circunstancia llamó poderosamente la atención del matavacas, ya que nadie pedía tanta

comida debido a los tiempos que se vivían. Más extraño resultaba el hecho de que el doctor Burkhard era un solterón ya en vías de entrar al otoño de su existencia, por lo que un apetito inusitado despertaba sospechas justificadas. De esta manera, el carnicero creyó no sólo conveniente, sino patriótico, dar aviso a la policía, la cual se presentó inmediatamente a la puerta del sospechoso.

En cuanto escuchó los toquidos, que provocaron un concierto de ladridos de todos los sabores, el doctor Burkhard dejó a un lado una novela de Mark Twain que lo hacía olvidarse del mundo por unos instantes y se dirigió a la puerta, no sin antes silenciar a sus inquilinos con un shu. Al abrir la puerta vio a tres hombres de las SS y al carnicero detrás de ellos, asomándose al interior de la vivienda. Los oficiales no traían orden de cateo, pero fueron muy persuasivos para que el doctor les diera paso franco. Acorralado, Burkhard llegó a una conclusión como la única solución: presentar primeramente al labrador retriever que, aunque no quiere saber nada de la guerra, da la pata de buen modo.

### Burbujas de cerveza

Bebiendo, tres hombres compartían sus penas en la taberna y decían ser infelices.

—Soy tan libre como el pájaro silvestre, pero de qué me sirve si no hay nadie con quien compartir mi libertad —decía el señor L.

—Yo tengo tantos amigos y estoy colmado de espíritu fraterno, pero no tengo tiempo para mí —se lamentó a su vez el señor F.

—Pues yo le doy el mismo trato a las personas, pero mi esposa me ha echado de la casa porque me encontró atendiendo a la sirvienta como a ella —musitó el señor I.

Los tres hombres callaron, buscando acaso una respuesta a sus cuitas en las burbujas de sus cervezas. Luego de unos instantes, el señor I. se levantó de su asiento y propuso que intercambiaran roles. Dicho de otro modo: que vivieran la vida del otro. Los señores F. y L. meditaron unos momentos y, al cabo, estuvieron de acuerdo, siempre y cuando la asignación del nuevo papel se llevara a cabo por sorteo secreto. De esta manera, al señor F. le tocó vivir la vida del señor L. y al señor L. le tocó vivir la vida del señor F.

Meses después los tres hombres se encontraron de nuevo en la misma taberna y, tras beber una ronda de cervezas, compartieron sus novedades. El señor L. dijo:

—Los amigos me llueven, pero extraño a veces mi soledad. ¡Esta vida es muy abrumadora, señor F.!

—A mí ya no me molesta la gente con sus tragedias, pero... ¡ay!, por las noches me siento muy solo —aseguró el señor L.

—Pues, si les sirve de consuelo —dijo el señor I.—, tengo otra sirvienta, pero ¡vieran cómo extraño a la anterior!

## Ce

### Canción de la vida

Cuando tuvo novia, se hizo poeta. Cuando ella lo abandonó, pudo escribir novelas. Cuando envejeció, escribió cuentos cortos, porque el tiempo, como siempre, apremia.

### Considerando

—¿Crees que los libros de papel se extinguirán, tomando en cuenta que han inventado ya los *eBooks*? —me preguntó. Yo respondí lo primero que se me ocurrió, recordando a Itzia: “¿La mujer se extinguió cuando inventaron la muñeca inflable? Con permiso”.

### Cuestión de aprender

¿Cómo se convierte una en puta?, le pregunté al Yorch. Pues es sólo agarrarle el gusto, porque si te resistes, nomás te la pasas sufriendo. A ver, déjame calarte, pa' ver si estás preparada, me dijo. Bueno, le dije, pero son doscientos pesos por la calada. Ah, jija de la tiznada, yastás aprendiendo. Mira, no tengo lana ahora, pero te doy mi celular, cómo ves. Entonces me llevó a su catre y se me dejó venir con toda su pasión. Pues no estás mal, yo creo que sí la armas, me dijo. Estás lista. Yo que tú namás dejo de comer memelas porque estás como que un poco gorda, pero de ahí en fuera todo okey. Bueno, le dije, está bien. Putearé. A ver, dame tu celular, le dije. Está bien, me dijo. Apunta, siete veintidós... Pinche Yorch, no me dijo que para putear primero hay que ser pendeja.

### Cienfuegos

Contra su costumbre, tomó la pluma de nuevo y escribió, pero no para escribir otra novela, sino para recomponer la única que había escrito, editada hace años. No se piense, sin embargo, que quitó una coma por aquí o que agregó un punto por acá. Tampoco cambió estío por verano. En realidad se devaneó tanto en modificar su ópera prima que el resultado fue una historia completamente diferente a la original, ya que el protagonista resultó ser en esta segunda versión un antagonista.

—Y el próximo año pretendo que no muera la abuela, sino la criada —me dijo en tono confidencial.



—No lo entiendo —exclamé—. ¿Por qué mejor no dejas en paz esa historia? Ya bastante éxito ha tenido así como está.

Mi amigo Cienfuegos soltó una carcajada y cuando recuperó el aliento dijo:

—Hace veinte años construiste mi casa y te pagué con el dinero del premio que obtuvo la novela. Jamás he vuelto a darte un cinco por ello, porque la cuenta quedó saldada.

—Eso es cierto —reconocí. Mi amigo continuó:

—Sucede que no me parece justo que un trabajo que ya se pagó se siga cobrando, ni que sea heredable.

Yo seguí sin entender, pero remató:

—Ocurre, Damián, que los recientes acontecimientos políticos me obligan a escribir debido al impuesto por regalías que quiere recaudarme el fisco.

### Confesiones

Cuando le dije a don Braulio qué era lo que me había traído de regreso al pueblo, me dijo que estaba muy bien, pero que no le veía caso hacer una investigación sobre don Jorge Cervantes, mi abuelo, porque en realidad todo mundo me podía contar puñados de historias —y gratis—, que nutrirían el informe por escrito que la abuela me había encomendado escribir. Quiero decir, obligado, porque no tenía nadita de ganas. Ni de investigar ni de volver al pueblo, pero pues ahí estaba, apechugando con el presidente municipal. Abrió una botella de whisky y me sirvió un trago, Órale, muchas gracias, don, le dije. De nada, muchacho, es lo menos que puedo hacer por uno de mis

grandes amigos, además debes saber que esta botella la tenía guardada hace un tiempón, así que ya sabes, Timo, lo que te aprecio. Lo que vino después fue una borrachera que haría ruborizar al mismísimo Charles Bukowski.

Al día siguiente, y con una resaca de los diablos, salí de mi hotel para darme una vuelta por el pueblo. Me metí a una fondita a desayunar unos huevos rancheros. Usted no es de por aquí, me preguntó la doña, No, fíjese que sí soy de por aquí pero me fui hace años, ¿Y a dónde, oiga?, Pues a la capital. Cuando le dije qué era lo que me había traído de regreso al pueblo gritó a los cuatro vientos para que la escucharan todos los comensales. Miren, es el nieto de Jorge Cervantes. Entonces comenzaron a ponerse de pie los que estaban desayunando y se acercaron para repartirme abrazos, como si fuera un héroe. Con eso bastó. Cada uno de los que se acercó me contó historias sobre mi abuelo hasta entonces por mí desconocidas, como cuando don Jorge Cervantes se ganó la mirada de odio de don Porfirio Díaz cuando María Conesa, *la Gatita Blanca*, le dio un beso en el cachete al entonces joven de trece años por levantarle y entregarle el pañuelo que se le había caído al salir del Teatro Juárez... O la vez en que, siendo jugador de beisbol, dio cuatro jonrones seguidos, lo que hizo que el equipo de Los Mineros remontara el marcador y se coronara en la final de la liga regional... O aquella otra cuando se echó un trompo con un grandulón al que no gratis le decían Goliat, simplemente porque a éste se le había pegado la gana. Mi abuelo trató de disuadirlo con buenas maneras, pero el gigante quería bronca. Entonces le dio una patada en los güevos y con eso tuvo el Goliat. Jamás volvió a meterse con él. También estaba la historia —el pueblo estaba

convencido de ello— de que mi abuelo podía convertir la chis en agua potable porque algún borracho lo había visto en los mingitorios. En fin, son sólo algunas historias que puedo recordar. Lo que sí viene a mi mente ahora es que don Braulio apareció en ese momento en la fonda y me arrancó de aquella gente que idolatraba a mi abuelo. Me llevó por un helado y mientras dábamos un paseo por la plaza principal me invitó a sentarme en una de las bancas. Como era entre semana no había casi nada de gente. Podíamos hablar con tranquilidad. ¿Ves, mi querido Timo? No llevas ni un día y ya tienes montones de historias de mi querido Jorge. A ver si le vas diciendo a mi comadre que más vale que el pueblo se quede con esa imagen. Además, mi hermana ya está más que muerta y ni diario dejó.

### Competencia

Concepción Pérez Osorno, *Concho*, holgazán de primera, fue inscrito en el concurso televisivo *Operación descanso*. Pasó, pues, ciento seis días con sus noches tendido en una mullida cama, dedicándose a lo suyo.

Cuando le avisaron que ya se levantara porque el certamen había concluido y que, por consecuencia, había resultado ganador, no se molestó en reflexionar cómo lo había logrado. Inclusive, apenas se percató de que lo contrataron para conducir el programa *En la cama con...*, entrevistas con actrices en la intimidad.

Por ello, el récord de su permanencia en la cama avanza, aunque no le ocupe derrotar a nadie.



De

Decepción

Dicen que soy buen escritor. Dicen. Y tal vez dicen bien. Dicen. No lo sé. El caso es que yo tenía fuertes esperanzas de que mi microcuento tuviese fuertes repercusiones. Fuertes, sonoras. Por desgracia, sólo provocó microrrisas. Será el género.

Delante de sí (1)

Dicen que la distancia es el olvido creo que así comienza la canción ¿no? Mira ya me vas a poner a cantar jeje no creo que te moleste ¿verdad? qué va por eso me gusta hablar con gente como

tú lo de la baba que se te escurre como que sí me saca de onda todavía no me acostumbro pero mientras no me salpiques no hay bronca Como te decía no soy muy cantador que digamos bueno ni siquiera canto en la regadera como quien dice pero es que me acordé de esta canción por lo de la letra Olvídate de lo demás sólo pon atención al principio La distancia es el olvido shalalá porque justamente aquí puedo marcar distancia y porque puedo olvidar ¡Ojalá ya pueda olvidar carnal! No te me quedes viendo así lo que pasa es que no sabes por qué estoy aquí y tus neuronas como que no conectan Yo tampoco sé por qué estás aquí así que estamos a mano jeje Bueno el caso es que no sé si hayas visto una película que se llama *Atrapado sin salida* Bueno pues allí sale el Yac Nicolson un güey acá bien padrote es el bato que salió en este ¿cómo se llama? en la de *Batman* la hacía del Guasón ya hace años cuando yo era un chavillo Bueno de seguro ni la has de haber visto porque te ves de a tiro bien nopal Tú has de ir al Festival del Quinto Sol o a un concierto de los Yonic's Bueno pues haz de cuenta que es como yo un güey bien acá bueno para que te des una idea para salirse con la suya no vayas a pensar que somos iguales en el físico porque él está bien federal y pues yo aunque no canto mal las rancheras tampoco estoy tan dado al catre no seas pendejo El caso es que el Yac se hace pasar por loco para que no lo metan al bote y que me lo mandan a un hospital psiquiátrico así como aquí ¿cómo la ves? Nomás no vayas a andar de rajón ¡eh? Jaja me paso deveras pues cómo va a ser si apenas puedes con tu pobre alma De plano sí que estás más jodido que yo Nomás de pensar que alguien pudiera verme como a ti escurriéndole la baba sin que se pueda limpiar no mames

Ah pues justamente así empezó mi drama por andar jugándole al Pancho Pantera y bien sacalepunta para que nadie viera mi debacle. Seguro has de estar pensando Y este baboso de dónde sacó esa palabra dominguera si habla como vil guarín. Pues ahí como la ves o pa' que me entiendas ai como la ves estoy medio leído y medio letrado. Así como un Ainstain pos como que no pero me defiendo no te creas. Antes de entrar en esta casa de locos tenía una vida digamos más o menos como la de muchos sin tantos contratiempos. No te voy a echar el choro de que tuve una infancia tristísima y que mi padre era borracho y mi madre una puta. En todo caso el borracho fui yo aunque no puto no te me andes alborotando porque te doy tus coscorriones aunque estés medio lurias. Te pasas por andar pensando esas mamadas. Nomás te la perdono porque estás igualito a mí. Pero güey por lo menos hazte pa'tras de la ventana. De tanto acercarte ya empañamos el cristal. Te digo que estás bien pendejo.

¿Dónde quedó el amor?

Dicen los entendidos en la materia que las cosas que valen la pena cuestan trabajo: concebirlas, desearlas, obtenerlas. Recuerdo que, cuando era niña, cierto comercial ochentero de un brandy decía que si las cosas valiosas fueran fáciles, cualquiera las haría. Es verdad. En cuanto a las relaciones, particularmente las sentimentales, me he percatado de que es muy fácil liar a los seres humanos, o sea, ennoviarlos. Uno puede vestir cualquier vestido, ir cualquier noche a cualquier antro y pedir cualquier bebida, bailar cualquier canción,

acercarse a cualquier persona, conversar de cualquier cosa y luego luego irse a cualquier hotel. ¡Ya está! Unos novios instantáneos.

Ahora, en pleno siglo XXI, se nos ha inyectado la cultura de la inmediatez: comida en dos minutos gracias al horno de microondas, información en menos de quince segundos gracias a Google, y comunicación en un santiamén gracias a los celulares. ¿Dónde quedó la paciencia para guisar a fuego lento primorosos estofados? ¿Dónde quedó la premisa de sor Juana, que se privaba de comer golosinas antes de aprender una nueva lección? ¿Dónde quedó la deliciosa sensación de apartarnos un momento del mundo y llegar después a casa para maravillarnos con las novedades de quien nos llamó por teléfono?

Pareciera que lo inmediato es más atractivo, pero ¿dónde quedó el amor?, ¿dónde quedó la perseverancia para conquistar? Yo, por lo pronto, me niego al flujo constante de los devenires. Soy, antes que nada, una mujer estable y no quiero andar de novia con uno y otro, así como cuando se cambia de calcetines. Por eso visto ropa sobria, propia para la ocasión; por eso siempre pido para beber un París de noche, de elemental categoría; por eso siempre voy a la misma discoteca, aunque tenga años de clausurada. Tengo confianza en que un buen viernes por la noche la encuentre remozada y abierta, pues yo sí soy perseverante.



## E

### Edicto

El presidente de un país interrumpió la programación de todas las televisoras para anunciar a su pueblo que otro presidente había interrumpido la programación de todas las televisoras para anunciar que, a su pesar, abandonaba su patria por un golpe de Estado. “Yo sólo les digo que el Poder Legislativo no me autorizó hacer una gira al extranjero. Pero les juro que sí pienso regresar”.

## Edipo

El hijo de un payaso de circo tenía la costumbre de calzarse, todas las noches, los zapatos de trabajo de su padre e irse a la cama con ellos. De nada servía que se los quitaran cuidadosamente a medianoche, pues el niño tenía el sueño ligero. En la primera oportunidad, se deslizaba a gatas entre las sombras y volvía a su lecho caminando como pingüino.

Ocurrió que en su cumpleaños número seis recibió sus propios zapatitos de payaso: de bola grande, terminados en charol, rojos y blancos. La sonrisa del padre podía verse en el intenso charol cuando el niño se los puso. Levantó la vista para darle las gracias con un beso en la mano, luego se descalzó y se fue a la cama con los zapatos que abrazó como si se tratara de un oso de felpa. En tanto, el padre cerró con llave la puerta de su recámara y escondió sus zapatos bajo la almohada, por si acaso.

## Eligio

El pobrecito de Eligio trabaja hartito lo que se dice hartito. Desde que los gallos están todavía dormidos, hasta que las nubes se ponen coloradas porque el sol se abre paso entre ellas, para echarse a descansar atrás de la montaña. Mi compadre se pone una friega por andarle picando todo el día la cola a los bueyes. Ya cuando sus huesos parecen quebrarse de tanta sobada, el bueno de Eligio recoge sus chivas y se chupa un cigarro de hoja. Pareciera que lo hace para espantar l'ambre, pues sólo se jamba dos taquitos de frijoles negros

que le envuelve, muy de mañana, la comadre Elvira, pero por lo que hemos podido ver, l'ambre se le alborota más, como chinicuil en aceite caliente.

Antes de irse para su choza, deja a sus bueyes afuera de la nuestra, les quita el yugo y pasa con nosotros para saludarnos y para arrempujarse unos tacos que le ofrecemos de todo corazón. Lo hace todos los días, porque todos los días trabaja Eligio. Ya aparece en la entrada y luego de quitarse el sombrero lo invitamos a sentarse a la mesa. “Pilla, dale su taquito al compadre”, dice siempre mi viejo. Y lo hacemos de corazón porque, lo que sea de cada quien, mi compadre tiene harta facilidad para hacernos reír luego luego con sus ocurrencias, y nos hace más alegre la tarde con su lengua suelta. Y también es verdad que lo hacemos para ayudarlo tantito, pues con sus doce chamacos poco hay que echarse a la panza cuando llega a su choza. Pero llega un momento en que ya no es suficiente echarle más agua a los frijoles, pues l'ambre de Eligio haría pensar a cualquiera que lo habían tenido amarrado. Por eso un día ya no pude más y le dije a mi viejo que hiciera algo con el compadre, porque de plano ya se había vuelto muy gorrón. Y es que un día llegó a tomarse, solito, todo el jarro de atole porque le había echado todo el molcajete de chile a sus gordas. “No es de Dios, Pancho. Un día, ta' güeno... dos, pasa... pero pos ya todos los días no se puede. De plano, o traga él o nosotros”, le dije a mi viejo ya muy encorajinada. Me había armado de valor porque mi viejo había llegado con un queso que hacía un diluvio no comíamos. Se lo habían regalado por ayudar a unos paisanos a componer una carreta que se había roto en el camino. Y no quería que Eligio se embutiera todo el queso, pues por la extravagancia era capaz de echárselo a la barriga

sin siquiera masticar. Ya a estas alturas pensaba que era capaz de comerse hasta la mismísima viruta. El caso es que en ese momento oímos ruidos y lo único que se me ocurrió fue aventar el queso pa'l otro lado, allá, por donde está el fogón. Mi compadre apareció entonces como siempre, de muy buen humor y mejor hambre. Yo estaba preocupadísima porque no descubriera el queso que había rodado y que no había quedado muy bien escondido, pero me le ponía enfrente para enturbiar su vista. Para asegurarme, lo senté del otro lado de la mesa, para que le diera la espalda al fogón.

—Y dígame, compadre, ¿por qué anda hoy como alborotado? Ta' sudando harto —le preguntó el Pancho.

—No, pos es que me'ncontré de repente chico tlacuache en la milpa, así de grandote, y casi se me sale el alma de mi cuero viejo. Tonces, 'garré una piedra y le atiné justito en la cabezota.

—¿Y qué? ¿Taba lejos el animalote? —que pregunto.

—Hasta eso que no, comadre. Haga de cuenta que de aquí hasta donde está el queso.

### En lengua terrenal

En la Tierra, al encontrarse, el ángel preguntó al demonio cómo era el infierno. “Ardiente”, contestó, al tiempo de inquirir cómo era el paraíso.

—Celestial, pero ¿qué es *ardiente*?

Y el demonio:

—¿Qué diablos es *celestial*?

Como no supieron explicar estos conceptos, se estrecharon la mano y volvieron por donde habían venido.

### Entendimiento

El presidente de un país latinoamericano recibió la noticia de que los diputados del principal partido de oposición culparon al régimen de malversar los fondos de la nación.

—¡Por favor, Señor, ayúdame a resolver estos problemas!  
—rezó el mandatario.

Días después se le informó que los diputados opositores seguían empeñados en sus demandas y que los medios de comunicación se habían dado a la tarea de investigar el presunto desvío de recursos.

—¡Por favor, Dios mío, sálvame de este problema; te prometo que doblaré el sueldo a los profesores y ordenaré la construcción de más hospitales! —plegó el ejecutivo.

Semanas después, los medios de comunicación informaron a los ciudadanos que los dineros desviados procedían del gabinete.

—¡Dios Todopoderoso, te suplico que me ayudes en esta ocasión y a cambio no te defraudaré; juro solemnemente que ya no robaré un solo centavo! —gimió el todavía jerarca político.

Justo al día siguiente ocurrió que en el país vecino del sur se dio un golpe de Estado que provocó una conmoción mundial, por lo cual la nación se quedó sumida en la anarquía y barbarie. Como corolario, el noticiero CNN anunció esa misma noche que el mandatario caído —ya en el destierro— estaba estrechamente

relacionado con el país vecino, particularmente con su homólogo del norte.

—Veo que esta vez no me has tendido tu mano, Señor, pero de cualquier manera mi problema está resuelto —rezó nuestro presidente.

### Entrelíneas

Enfrente de mí está Claire. Está a punto de entrevistarme. Ha encendido un cigarrillo luego de aplastar otro que acaba de agotar. Pierre-André, detrás de la cámara, nos dice que nos sentemos. Lo hacemos. Claire, mi exalumna, se siente halagada de que le conceda una entrevista para la televisión francesa y hace un par de chistes al respecto, porque yo siempre había sido refractario a aparecer en la tevé. Apaga su cigarrillo y enciende otro. Sabe que tengo enfisema y sabe que sólo tengo un pulmón, pero, aun así, fuma. Le tengo una condición, le digo. El programa debe ser transmitido a título *post mortem auctoris*. Sólo espero que el cáncer la venza antes que mi deseo de morir.

## Efe

### Futbol

**Fue muy claro mi padre:** o mejoraba mis notas o no volvería a jugar futbol. Mis mentiras habían llegado demasiado lejos. Había sorteado casi todo el año los castigos bien merecidos por estudiar menos que la presencia de una lluvia veraniega en el desierto del Sahara. Y siempre andaba inventando cosas. Que me habían comisionado para un servicio social en la escuela, que la maestra de Ciencias Naturales me tenía tirria porque le discutía cuestiones metafísicas sobre asuntos de la vibra o aura de las plantas, que el profesor de Historia me ponía cincos porque ponía en tela de juicio los sustentos teóricos de nuestra historia patria: los Niños Héroeos eran una invención y el águila devorando a la serpiente, un mito.

En realidad, mis profesores apenas recordaban mi nombre, que permanecía en el anonimato. Pero los argumentos que le ofrecía a mi padre eran tan bien fundados que no cabía lugar a la duda, porque, a más de todo, era yo un buen histrión, un mártir del sistema educativo cuyos tentáculos amenazaban con ahorcarme por ser un librepensador. En casa, mi inclinación a la mitomanía rendía, también, jugosos frutos. Mi espíritu cimbreño, provisto de un considerable caudal de imaginación, me facilitaba las cosas cuando llegaba tarde a casa por andar jugando fútbol. Inventaba historias alucinantes, como aquella que conté a mi madre sobre una vecina anciana que perdió sus llaves y a quien ayudé yendo a la cerrajería. O aquella en la que no pude volver pronto a casa porque cuando estábamos jugando fútbol apareció, con evidente aliento alcohólico, el papá de Juanelo para llevárselo casi a rastras y nosotros le insistimos al señor para que no fuera así.

Así las cosas, no tuve más remedio que encerrarme en mi cuarto para revisar el estado que guardaba mi rendimiento escolar en la secundaria. Mi padre me pidió, como mínimo, un promedio de ocho punto cinco bimestral, de tal suerte que debía mejorar un caramba, según pude comprobar tras darle una ojeada a mi boleta. Aunque gozaba de un diez en Educación Física, las demás materias habían formado su propia secta: cinco en Matemáticas, seis en Ciencias Sociales, siete en Ciencias Naturales, cinco en Español y así por el estilo.

Pero, pensándolo mejor, qué va a saber el viejo, si ni siquiera terminó la primaria... y del pueblo costeño de donde viene, la gente escupe en sus pisos de tierra. Será muy titular de la Selección



Nacional de Fútbol, pero no sabe lo que es lidiar con la educación, como lo hago yo día tras día.

Francisco

Fue gracias a mis excelentes calificaciones que gané el boleto para el concierto de Metallica en el Foro Sol. El maestro Ruvalcaba, de Ética, lo había prometido a inicio de semestre: “Para el mejor promedio”. Había obtenido la mejor nota de la clase —nueve punto ocho—, y creo que Francisco fue el más bajo: dos punto uno. Ambos resultados fueron previsibles, ya que yo, Javier, como buen hijo de militar, debía demostrar la disciplina con que había sido criado. En cambio, Francisco... era un loco.

—Te felicito —me dijo Ruvalcaba cuando me extendió el boleto—, pero apelo a tu bondad para que cedas tu premio a Francisco.

—¿El autista?

—Sólo es un muchacho solitario que necesita un aliciente.

Acepté a regañadientes después de pensarlo unos instantes.

Sin asomo de sorpresa o gratitud, Francisco guardó en su bolsillo el boleto y se marchó. Horas después, en medio del bullicio de la gente y de las estridentes notas de “Moth into flame”|||||||  
|||||||, intentaba recordar por qué estaba allí. Cerré los ojos y escuché el Canon y Giga en re mayor para tres violines y bajo continuo de Pachelbel. La primera imagen que me vino a la mente fue la de Ruvalcaba, con su risa contundente,

preguntándome cómo la había pasado en el concierto. Como Javier, habría sido intolerable soportar el concierto, con mis buenos modales, pero Francisco siempre ha sido mi línea de fuga.

## Ge

### Gasto innecesario

Geronimo, que contaba con ocho años de edad, quiso acompañar a su padre a esas reuniones cuyos resolutivos nunca confiaba a su familia. Pero algo debía ocurrir allí, pensaba el niño, pues el padre volvía a casa con el ánimo robustecido y la sonrisa fácil. El padre dudó un instante, pues por lo regular sólo asistían los adultos, miembros de la comunidad gremial; sin embargo, terminó por ceder porque el chiquillo le dijo que lo admiraba mucho y que algún día quería ser como él.

Camino a la casa de Francesco, Geronimo y su padre se toparon con el párroco, cuyo albornoz se venía agitando por el impulso que sus rápidos pasos producían para darles alcance. Sus primeras

palabras desdibujaron la idea de que el encuentro había sido casual. Después de mecer los cabellos del niño, el clérigo dijo al artesano que estaba muy contrariado porque había escuchado rumores de una sedición y quiso saber si sabía algo al respecto o había escuchado rumores. El padre de Geronimo meneó la cabeza al tiempo que se quitó el sombrero un tanto para mostrar reverencia al párroco y otro para rascarse la testa. El hombre de fe insistió: “en casa de Francesco, el curtidor y tejedor de lana, se celebran —dicen algunas buenas conciencias— juntas ilícitas y clandestinas que atentan contra las leyes de los hombres y las de la Santa Madre Iglesia”. “Éstas son habladurías de ociosos a las que no merece la pena dar crédito. Es verdad que Francesco nos abre las puertas de su casa, pero para el recogimiento y la introspección. Leemos el Evangelio y compartimos nuestras epifanías: no veo nada de malo en ello”, dijo el artesano, arrepentido desde el momento en que pronunció estas palabras que bien hubieran podido entenderse como rebeldía o desacato, pues para la doctrina divina sólo está la palabra del párroco, nadie más. Así se lo hizo ver éste, quien se dijo confundido por el hecho de que si el padre de Geronimo quería saber más de la Biblia, sólo tenía que asistir a misa los domingos. El artesano era hombre burdo, pero con la pizca de inteligencia suficiente como para intuir que estaba siendo acorralado, así que no tuvo más remedio que abrir su juego: “ocho niños y una mujer son una carga muy pesada, pues su demanda de alimento es constante, así que no tengo más remedio que trabajar más no sólo para poner comida en la mesa, sino para pagar mi fuerte deuda que contraje con cierto noble que se apiadó de mi desgracia”.

—Insisto, hijo mío. ¿Por qué mejor no vais a misa a mi parroquia?

—Porque en casa de Francesco no me piden diezmo. Si voy a vuestra iglesia, ¿vuestra merced me prestaríais lo suficiente para pagar mi deuda?

—Id con Dios, hijo mío —respondió lacónico el padre y siguió su camino.



## Hache

Hache muda

Hace años que no escribo una sola línea. Desde aquel lejano mil novecientos... que gané el concurso, cuando contaba dieciocho años. A esa edad tienes tanto las agallas como la ingenuidad de expresar no sólo tu mundo, sino de creer que puedes transformar el de otros. Por lo menos eso creía en la secundaria. La profesora M. nos pidió que leyéramos una novela. En ese entonces mi apetito por la ficción era poco menos que nada, aunque sí intenté leer un librito que encontré por ahí —creo que era sobre marcianos—, pero nunca pasé de la página veinte. Era fácil suponer que no todos tendríamos la posibilidad de contar a la clase la trama de la novela leída, que era lo que nos había pedido la profesora. Creo que cinco

o seis serían los *afortunados* en pasar al frente. Yo, que nunca había tenido suerte ni en los volados, me sentí protegido por los dioses porque en cuestiones de azar siempre me correspondía estar en el bando de los perdedores. Dos cosas pasaron en cuanto escuché mi nombre: una sangre helada que irrigó deprisa mi cerebro y un ardoroso calor que se envolvió en mis mejillas. Pasé entonces al frente y comencé a contar con un poco de vergüenza el inicio de la novela que supuestamente leí. Lo bueno es que había leído veinte páginas y tenía material para soltar un poco la lengua. Sin embargo, la maestra notó que estaba como estancado, porque me extendía en detalles. El caso es que me ordenó que siguiera adelante con la historia. No sé cómo pasó el resto. Sólo recuerdo que mientras yo hablaba noté que dos compañeros cuchicheaban entre sí y disimulaban risas. A partir de entonces sentí tanta rabia que inventé el resto de la novela. No recuerdo qué dije. Mi cabeza o mi conciencia estaba empeñada en pensar cómo se habían atrevido a burlarse esos dos. Pero debió haber sido algo digno de crédito porque cuando terminé la profesora me aplaudió. Siempre he tenido una timidez que califico de congénita, aunque quizá en esa ocasión debió haber sido cobardía, porque cuando regresé a mi asiento evité las miradas de aquellos dos que seguían regodeándose. Sentí unas ganas inmensas de vengarme de ellos, pero como lo hacen las garrapatas, las pulgas o los piojos con otros animales: en silencio. Abrí mi cuaderno y me puse a dibujar a dos niños cubiertos de bichos a los que les estaban chupando la sangre. Al terminar la clase, me llamó la maestra a su escritorio. Creí que me iba a regañar por desperdiciar el tiempo en dibujos que nunca serían realidades, pero el asunto es que pidió que le prestara la novela que había leído, pues la historia



resultó ser muy interesante, particularmente el final. Yo le dije sin titubear que sí, que al día siguiente contaría con él y blablablá, pero huelga decir que nunca lo llevé a clase y la maestra pareció haber olvidado el asunto porque nunca volvió a pedírmelo. Mi primera experiencia como narrador me perturbó al grado de preguntarme esa noche, en la soledad de mi cama, qué debe hacer un hombre no sólo para mentir, sino mentir de manera verosímil. Porque lo cierto es que la maestra creyó a pie juntillas la trama que yo había inventado... y años después, los lectores de mi única novela.

### Hastío

Había una vez un fantasma que no asustaba ya a nadie, pues los humanos se habían acostumbrado a sus ruidos. Entonces decidió despojarse de su sábana. Lo logró: la gente se atemorizaba al ver una sábana inerte que no producía ruido alguno.

### Hojas de vuelta

Hoy, como cada año, Cienfuegos toma la pluma de nuevo, pero no para escribir otra novela, sino para recomponer la única que ha escrito, publicada hace trece años. No se piense, sin embargo, que quita una coma por aquí o que agrega un punto por acá. Tampoco cambia *estío* por *verano* ni *puta* por *chingada*. En realidad, el novelista laureado se esfuerza tanto en alterar su ópera prima que cada año termina presentando una historia completamente diferente a la

original. Inclusive, hemos encontrado que en esta última versión el protagonista ha resultado ser el antagonista, aunque el tema —eso sí— sigue siendo el mismo.

Era grande Cienfuegos en imaginación, pero siempre lo abatían crisis de conciencia, por aquello del plagio.

### Hondura pasional

Hoy, dijo mi esposa, te dejo ponerlo donde quieras. Así que ya sabes. No lo dudé dos veces. Lo puse en el canal de deportes.

# I

## *In absentia*

Inyectado de un profundo fervor religioso, Matías escribió a santa Tecla: “Santísima protectora, tú bien sabes que hay que acomodarse a los tiempos. Antes eras venerada sólo en la Iglesia Primitiva de Aragón y mírate ahora, adorada en todo el mundo.

”Licha, mi novia, te invocó anoche con tres avemarías y le concediste el milagro de que su programa finalmente corriera. Además, según pude comprobar en tu sitio web, supe que has aliviado los problemas de invasión de virus, fallas en el sistema operativo e inclusive en el disco duro. Pero me parece injusto que respondas sólo a las plegarias de los usuarios de marca reconocida y programas prestigiados... ¿No dijo acaso Jesús Cristo que todos

somos iguales? No hay que ser, Santísima Madre. Te suplico que a partir de hoy prestes atención a usuarios de productos *patito*, tú sabes, pirata. Gracias”.

Mientras se enviaba el mensaje, Matías rezó en silencio la plegaria oficial “líbranos de los mails indeseables, ayúdanos a eliminar los virus, perdona a los irresponsables que los envían y ayúdame a no maldecir a mi servidor de internet por las constantes interrupciones”. Una vez que acabó, saldó su cuenta en el cibercafé y se marchó a su casa.

### Inconveniencia

Inusitadamente, a la mitad de su discurso, un merolico perdió de pronto todas las buenas palabras que se sabía, de tal suerte que de su boca sólo brotaron aberraciones lingüísticas, lo cual hizo que la gente se alejara.

Preocupado por ello, acudió con el médico, que le hizo abrir la boca, sacar la lengua y respirar hondamente.

—A ver, diga *a*.

Pero en el consultorio sólo se escucharon malas palabras, así que el médico le dijo que no era la persona adecuada para curarlo.

El merolico resolvió entonces visitar a un sacerdote, que le hizo hincarse, persignarse y cerrar los ojos.

—A ver, hijo, dime tus pecados.

Pero en el confesionario se escucharon malas palabras, así que el sacerdote también le dijo que no era la persona adecuada para curarlo.

Hoy en día, el merolico no ha vuelto a ser el de antes, pero se las ha ingeniado para seguir en su ejercicio, conmoviendo con señas y gesticulaciones a la gente que, aunque no compre nada, por lo menos le arroja algunas monedas al sombrero.

### Insuficiencia

Ignacio decidió abandonar la casa de sus padres porque, después de mucho pensarlo, cayó en la cuenta de que era un hombre autosuficiente. Empacó entonces sus chivas y, sin decir adiós, se marchó. Todavía se dio el lujo de encender un cigarrillo en el portal de su casa antes de emprender el camino. Lanzó una bocanada, arrojó la cerilla al piso y se lanzó a la libertad. Luego, en la primera esquina, pidió informes a un transeúnte.



## Jota

### Jamás

Junté todo el valor que tenía —y puedo decir que hasta el de mis ancestros, reunido en mi ADN— y fui a ver al Diablo en persona. Ya estaba harto de ser un don nadie. María me había abandonado la víspera porque ya no aguantaba la vida que le daba. Eso fue el acabose.

Podría pensarse que el aspecto del Señor de los Infiernos sería de lo más aterrador. Ya saben: cuerpo de hombre, cabeza de cabra y dos alas de águila desplegadas a sus espaldas. Pero no, el Diablo viste Gucci, luce un afeitado al ras y su cabello está escrupulosamente peinado y recortado como conscripto. Además, tiene una gran sonrisa que deja ver unos dientes de comercial de pasta dentífrica.

También podría decirse que es poderoso porque engaña a los incautos con su fuerza sutil de seducción y que se esconde en lugares inesperados para actuar a espaldas de sus víctimas. Pero no, el Diablo está sentado tras un escritorio —lo que me hace caer en la cuenta de que le rinde cuentas a un ser superior— y se le puede encontrar en cualesquiera de las muchas sucursales que tiene en esta ciudad.

Así que simplemente fui al local más cercano a mi domicilio y me le apersoné. Ya delante de él perdí mi pavor inicial. Como que me dio confianza cuando me estrechó la mano. Así, firme. Después de todo, fui yo el que lo buscó y no él a mí, como suele suceder en muchas historias cinematográficas o literarias. Eso da confianza, ¿no?

—Quiero tener dinero al instante, cuando lo requiera —le dije. El Diablo asintió y dijo que sin problema.

—Quiero una casa nueva —agregué. El Diablo dijo que podía resolverse en un tris.

—Quiero que la gente me respete —dije. Estaba a punto de agregar más, pero el Diablo me guiñó un ojo y juntó su índice y su pulgar para indicarme que lo esperara. Se levantó de su asiento y me dejó a solas unos instantes, cuando regresó, me dijo:

—Señor, en este sobre está la solución a todos sus problemas.

Abrí el sobre y vi su contenido. Sí, un solo objeto daba respuesta a mis plegarias.

—Ahora, ¿cuánto me cuesta? ¿Mi alma?

—Jamás pedimos el alma de nuestros clientes, señor mío. La necesitan para trabajar toda su vida, pero una Mastercard lo vale, ¿no lo cree?



## Ka

### Kiosko 11

**Kiosko 11.** Allí siempre compraba el Gordo Aurelio su billete de lotería. Al hacerlo observaba dos cosas: que la serie contuviera el número once —sin importar su ubicación: al principio, en medio o terminación— y que el billete viniera de Ciudad de México, así que cuando comprobaba el once en el dorso del billete, le echaba un vistazo al reverso para verificar los sellos de la agencia que lo distribuía: Elías Henaine, Carlos M. Huarte —“El que premios reparte”—, el Gordo Soto o cualquier otra. Y es que, a decir del Gordo Aurelio, Toluca estaba salada.

El Gordo decía que la última vez que la ventura acarició a la ciudad del chorizo fue cuando se realizó el Sorteo Mayor 1408,

celebrado el 25 de mayo de 1942, cuyo premio principal fue de veinticinco mil pesos, cantidad nada despreciable en aquella época. “Pero ahora son millones, y voy por ellos”, aseguraba.

Fue curioso, pero el Gordo Aurelio, después de muchos años de comprar billetes de lotería de Ciudad de México, ganó el premio *idem*. No cabía de la emoción. Recuerdo que nos invitó unos tragos en la cantina del San Carlos para celebrar. Se gastó, creo, algo así como unos once mil pesos que nos bebimos entre whisky y coñac. Alguien por ahí le preguntó que cuándo debía presentarse en la Lotería Nacional para cobrar el billete. “Digo, para acompañarte”. Respondió que el lunes 12 de noviembre.

Murió la víspera en su lecho, de un infarto al miocardio.

## Ele

### La decisión

La primera cosa que pensé cuando me vi privado de lo que entonces estaba viviendo era justamente eso: que sólo estaba pensando y que ya no vivía. De súbito, dejó de molestarme la muela que a últimas semanas me estaba dando lata. También me sorprendió que no necesitara esforzarme para respirar. No necesitaba hacerlo, pero, por otro lado, también eché de menos, por primera vez, experimentar la sensación de llenarse los pulmones de aire puro. En definitiva, lo único que podía seguir haciendo era pensar. Y lo segundo que pensé, cuando supe que sólo podía pensar, era que había muerto.

Dicen que cuando uno muere lo primero que hace el alma al salir del cuerpo es verlo postrado. Luego viene la luz que se asoma

por un túnel. A mí no me pasó eso. O por lo menos no me ha pasado. No sé por qué, pero no me perturbó el hecho de que mi alma no se saliera del cuerpo (todavía). Bueno, de hecho no sé si mi alma se había quedado instalada en mi maltrecho cuerpo o andaba deambulando por la habitación, así como mi pensamiento. No veía nada, simplemente pensaba.

“¿Cómo habré muerto?”, pensé. Es curioso, pero no me acordaba. Intenté hacer un esfuerzo de memoria para recordar la última escena o por lo menos algún detalle del día. Nada.

De pronto escuché voces. No las reconocí al principio, porque sonaban metálicas, distorsionadas. Pero conforme pasaron los minutos o las horas —no lo sé—, se fueron aclarando. Eran las voces de mi esposa, de mis hijos, de mis nueras y de Esteban, mi mejor amigo y padrino de Santiago.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Esteban a mi mujer. ¡Por Dios, Esteban, pues qué ha de ser: velarme y después enterrarme, como debe ser!

—No lo sé todavía. Necesito pensar —respondió Valeria. ¡No pensarás cremarme, mujer!

—Piénsalo bien. No crearás en un milagro, ¿o sí?

Mis hijos comenzaron a llorar. Valeria pidió que la dejaran a solas conmigo. En cuanto Esteban, mis hijos y mis nueras abandonaron la habitación, Valeria me abrazó fortísimo y me dio lo que supuse fue un beso. Después apagó la luz.

Yo, en ese momento, quise buscar ese túnel del cual se asomaría la luz blanca.

## Languidez

Lo mío lo mío era la poesía. Sabía que podía darle en la madre a Paz en undosportres, pero por cosas del destino no se había dado. La mafia literaria, quiero creer. En cambio, la narrativa se había instalado persistentemente en mis cuadernos y ahí me tienen tecleando babosadas para unos que ni siquiera leen, pero por lo menos me pagan unos pesos. Eso estaba pensando la noche anterior, mientras escribía en el Facebook lo que me habían encargado y mientras me echaba de a solano un whisky de esos de presentación pomposa, pero de elaboración pingüe. De a cien varos, pues. Ya ni siquiera tenía ánimos de llevar la lengua a su límite. Simplemente recogía la violencia y exceso del mundo y la bebía en alcohol. Así de simple. De seguro nadie estaría interesado en cómo podría nombrar la luna, como Borges decía, así que las palabras tendrían que fluir tal cual, sin poses. El whisky era malo como la poesía de Shakespeare, pero, por lo menos, me hizo el rato ameno y me hizo caer en la cuenta de que debía desmarcarme de la buena palabra. Por lo menos así me sentí cuando me quedé jetón. Pero cuando abrí los ojos, una cara horrorosa estaba viéndome como si quisiera sacarme la mejor verborrea del mundo, así que utilicé lo mejor de mi repertorio en ese momento. ¿Ñfrrr? ¿Es lo único bueno que puedes decir? Ya ni la chingas. Te creía más fregón. Ya hasta me estoy arrepintiendo de lo que te venía a proponer, me dijo el fulano, cuyo nombre había ignorado, un tanto por la cruda y un tanto por la salud mental, pues de seguro algo me había hecho en el pasado que lo había echado al saco del olvido. No mames, aguanta la vara. Déjame espabilar por lo menos, carnal, le dije

al panzón con papada de Yabba de Jot. Nel, si eres tan chingón como me dijeron te alivianas en un-dos-por-tres. ¿Así? ¿Separado el un dos por tres?, me pregunté. Vas a ser el redactor oficial del candidato. Alguien por ai te recomendó, seguro por el bodrio que escribiste añales... Nel, ya sé: fue tu comadre, que va a ser la jefa de prensa. Chinga tu madre, pensé. Así que todavía tienes la vara alta, pinche Rómulo. Por lo menos no me apellido Gallegos, pensé. Órale, cabrísimo grandón, lávate por lo menos el sobaco porque el candidato se va a reunir con la intelectualidad estatal mañana y pos como tú conoces a tus colegas, sabes llegarles. Lo mío lo mío era la poesía, pendejo, pensé, pero en cambio dije: Órale, mi Yabba de Jot, le entro a lo que sea.

### Latín

Los días de septiembre son particularmente reveladores no sólo en Montereale, sino en toda la región de Friuli, pues el clima se torna un poco más fresco, aunque sigue conservando la calidez del estío que está a punto de ceder su turno al otoño. Ayuda mucho el hecho de que el valle conserva notables extensiones de agua que enfrían pronto los aires y las narices de los pobladores que, no obstante, conservan sus cuerpos calientes gracias a sus vestidos vaporosos pero protectores. Del mismo modo, la vegetación que rodea al pueblo conserva su verdor perenne, aunque ya los árboles comienzan a anunciar un receso con la caída de algunas de sus hojas.

Sus moradores son gente de bien. Labran con oficiosidad la tierra, recogen los frutos provistos por la naturaleza, cuidan a sus

animales y, en resumen, cumplen con todos los deberes que les dicta su respectivo oficio. Se puede decir que Montereale es un modelo de vida al que siempre aspiraron las buenas conciencias. Puede decirse, inclusive, que no ha habido ningún evento que haya perturbado la paz del pueblo. Su tranquilidad puede rayar, es cierto, en la monotonía y en el aburrimiento, sobre todo si se toma en cuenta la insistencia de los hombres y las mujeres de no meterse en problemas, porque poco ayudan en la conservación de la serenidad en la vigilia y en un sueño sin contratiempos en la noche.

A pesar de ello, Montereale también ha tenido momentos de vívida agitación que interrumpieron su sopor habitual. A pesar de que en el pueblo la paz era moneda corriente, no faltaban parroquianos que, reunidos en conventículos, discutían los sucesos prósperos y adversos de la vida, aunque el pretexto era la lectura de las Escrituras. Un grupo de artesanos solía reunirse en la choza de Francesco, un curtidor y tejedor de lana, y hablaban, según se enteró después el párroco, de la renovación de la vida, de la pureza del Evangelio y de la absolución de los pecados. Allí comparecía Gianfranco, que trabajaba el barro. Estaba esperanzado en que de esas reuniones surgiera la solución divina que le ayudara a resolver su precaria situación económica, agravada por ser víctima de la usura. Hacía cinco años que había solicitado un crédito a un noble, pero le había resultado impagable la deuda en vista de que los intereses eran ruinosos. No obstante, se afanaba en modelar la mayor cantidad de vasijas y aun trabajaba los días de guardar, pues era común verlo vender su mercancía los domingos en las plazas de los pueblos cercanos, como Grizzo, Gaio, San Leonardo o San Martino. El párroco ya había reconvenido a Gianfranco por dedicar

su tiempo a las cosas de los hombres en vez de rendirle pleitesía a Dios Nuestro Señor en su casa, pero el artesano, aunque temeroso de Dios, hizo oídos sordos en vista de que el cuero duele más que el vestido y había ocho hijos en casa a los cuales había que alimentar.

—Creo que por vuestro bien debéis dejar de venir a mi casa —le dijo Francesco a Gianfranco—. No os vayan a mandar a la hoguera.

—No —respondió el artesano—. Pero bien valdría la pena aprender lenguas sacras, para defendernos, por si acaso.

—Pero, ¿es que no temes por tu vida?

—¿Ayudaría? —respondió.

### Luz roja

La gloria es un espíritu muy acomodadizo. Eso venía pensando en un súbito arranque de encabronamiento mientras esperaba la luz verde en Insurgentes Sur, rumbo a C.U. Por lo regular, en los altos mi cabeza se colmaba de los pendientes de mi profesión, así como de cosas sin resolver en casa, como ampliar la terraza o reparar la tina de hidromasaje que a últimas fechas ha servido sólo como recipiente de toallas. Pero en esta ocasión mi mente me llevó a terrenos filosóficos. Y es que no era para menos, pues el sujeto que se empeñó en limpiar mi parabrisas me hizo caer en la cuenta de que la vida es una tom-tom-tómbola, aunque suene a canción trillada. Por eso le di al desventurado un billete de cien pesos luego de que terminó su faena.



Lo de la gloria es un asunto muy sencillo. En mi infancia, simplemente, jamás apareció. La muy perversa se avenía fácilmente con los de carácter fuerte, con los cerebritos, los fuertes o las bellezas despampanantes... y yo, en definitiva, no cumplía con ninguno de esos requisitos. Mi temperamento era más dócil que una hoja otoñal, las notas que obtenía eran más bien de tipo mediocre tirando a infame, mi constitución atlética era la de un alfeñique y no era precisamente un Marlon Brando como para discutirme con un séquito de admiradoras. Para dar con el traste, mi timidez congénita me impidió gran parte de mi vida despuntar en lo que realmente me interesaba: jugar fútbol.

Seguramente se preguntarán qué carambas tendrá que ver la timidez con el pambolismo. En todo caso, lo pertinente serían la fortaleza física, la habilidad para driblar, el ingenio para fingir una falta en el área o la bravuconería para intimidar al adversario. Pero si le echamos un vistazo a la historia de la humanidad siempre han existido machos alfa y machos beta, lo que nos lleva a la conclusión de que las páginas de nuestro libro siempre han sido dictadas por los mandamases, que siempre han hecho su regalada voluntad.

De toda la colección de tontos del colegio, yo era siempre el último en ser escogido en los equipos que solíamos integrar en los recreos. Con estoicismo franciscano ya me había acostumbrado a este *habitus*. Qué me hubiera costado decirle al Cantinflas que no me gustaba jugar atrás o que, en todo caso, yo era zurdo, por lo que la pradera izquierda me acomodaba mejor. Pero no había ocasión ni tiempo para plantearle mis dilemas tácticos. Media hora de receso entre clases se escurría como agua en las manos y el macho alfa no podía perder tiempo en esas fruslerías.

Era un deleite ver jugar al Cantinflas. Su agilidad para torcer cinturas con dribles era de argentinos; su agilidad mental para resolver jugadas intempestivas era propia de los ingleses, y pateaba con tal fuerza el balón que parecía que le hubieran inyectado sangre africana. En suma, lo tenía todo. Era la gloria personificada.

Es una pena que Canti ya no tenga edad para jugar, pues sin pensarlo lo hubiera invitado a los Pumas. Espero, por lo menos, que esos cien pesos le sirvan de algo.

## Eme

Mar de bronce

Me había enamorado perdidamente de una bellísima joven de piel de porcelana y ojos de almendra. El problema era que yo estaba demasiado viejo para ella —sesenta y seis años, imagínense ustedes—. Estaba por olvidarme del asunto cuando el destino me puso a C. R., un maestro en los Grandes Misterios. Le conté mi penosa situación y me dijo que viajara a la Capilla Rosslyn, en Escocia. Tuvo especial cuidado en recordarme que evitara distraerme en la complejidad de su construcción y que me abocara en el *Pilar del aprendiz*. “A un costado encontrarás una pila de considerable tamaño. Allí será tu bautizo de fuego. Rejuvenecerás”.

Después de disponerlo todo, viajé a Edimburgo y de ahí tomé un coche a Roslin, Midlothian. Una vez que ingresé a la capilla busqué esa columna. A su costado estaba la pila, asentada sobre doce bueyes de bronce dispuestos con las cabezas en la periferia y las traseras hacia el centro. En su interior reposaba un agua calma. Remojé entonces mis manos y luego bebí un poco.

A mi regreso, busqué a C. R. “No ha pasado nada, maestro”, le dije. “Sigo siendo un anciano”. Me pidió que le dijera exactamente lo que había hecho, a fin de corroborar que seguí al pie de la letra sus instrucciones. “No ha sido culpa mía. Te pedí un bautizo de fuego y has hecho uno de agua. No tengo la culpa de que, a tu edad, te sientas más cercano a los espíritus acuáticos que a los luciferinos”. Era lógico que confundiera las dos columnas que están a la entrada del templo, como en el de Salomón.

### Maestro

Muy respetable..., le dijo... al jerarca iniciático, después de muchos años —treinta y tres, para ser exactos—, he aprovechado cada momento para la Gran Obra. He ascendido grado tras grado y en cada uno de ellos he recibido más y más luz. Por fin he llegado al grado treinta y tres y con gran beneplácito os comparto mi dicha. Mi adelanto y mi ascenso no han dependido del favor, ni me ha sido otorgado cada grado hasta que lo hube merecido por haber acumulado el poder de adelantar.

El Gran Maestro correspondió al abrazo que le ofreció su pupilo y lo vio partir. Luego llamó a su diácono, a quien le dijo: “Pobre

de nuestro hermano..., con treinta y tres mil pesos se hubiera ahorrado todos estos años”.

### Medicación

Me volví poeta —y el doc tuvo mucho cuidado en ayudarme— por cuatro razones: porque me encanta escribir, porque me encanta chupar y porque soy malo en matemáticas.

### Mirada

Mateo se estremeció al imaginarse su encuentro con Emilia. Acercó su reloj a una de las velas que había colocado sobre una mesita del cuarto. Una hora de retraso. Tal vez ella se había arrepentido. Acaso no era, después de todo, una buena idea. Pero Emilia debía, por lo menos —así lo obligaba su buena cuna—, ofrecer una explicación, una disculpa. Debía presentarse para explicar sus razones en persona, ya que tras un año de trato había confianza. Por teléfono no podría ser la cosa, ya que el hotelucho no tenía aparatos en las habitaciones. Aunque bien Emilia podría investigar en las páginas amarillas el número y pedir comunicación al cuarto 14; Mateo preferiría que ella se presentara en persona para excusarse. Llegaría, también, cubriendo su identidad, pero al tomarle las manos, Mateo las sentiría frías, crispadas de terror. La mujer alegraría la edad de ambos, los inconvenientes de ser consuegros, los riesgos de sus respectivos matrimonios, lo ridículo de intentar

tener sexo y lo inconveniente de enamorarse. Le pediría a Mateo que no se vieran más. Pero Mateo trataría de disuadirla, o de convencerla, para retenerla. Le hablaría de los enamorados que se besan en todas partes, de la febrilidad de sus corazones, de la languidez de sus cuerpos que necesitaban el vigor del amor.

Estaría dispuesto a voltearse para que Emilia se pusiera el camisón pudoroso, a aguardar inmóvil y callado sus movimientos, a encerrarse en el cuarto de baño para aguardar a que ella se metiera en la cama. Quizá charlarían primero, para darse confianza. Le daría ánimos para justificar su amor. Le diría que a estas alturas ninguno de sus dos cónyuges podría mostrarse celoso por el amor entre dos ancianos.

De pronto, se oyeron tres toquidos sutiles en la puerta. Era ella. Venía vestida como de costumbre, con un traje sastre de una sola pieza que le llegaba hasta los tobillos y con un chal de lana, tejido por ella misma. Mateo no pudo tomarla de la mano como se lo había imaginado porque Emilia las traía asidas a sendas bolsas de supermercado, atiborradas de comestibles.

Ella le dio las buenas tardes como si estuviera presente su marido y le pidió que encendiera las luces y que apagara las velas. Mateo obedeció sin chistar. “Después de todo está aquí para no hacerlo realidad”, pensó. Posteriormente la ayudó con los paquetes y los colocó sobre la silla.

—Vienes retrasada —fue lo único que pudo decir en ese momento.

—Pasé al súper para justificarme —respondió Emilia.

—Vienes a negarte, ¿verdad? No quieres estar conmigo —dijo más resuelto.

—Somos unos ancianos. Tú tienes setenta y tres y yo sesenta y cinco.

Mateo se sentó en el borde de la cama y esquivó la mirada de Emilia. Pensó unos instantes y luego dijo que estaba de acuerdo, que era una mala idea y que después de todo dos ancianos no debían tener ni el ánimo ni la ocasión para el amor.

—Lo que no tenemos es tiempo para el amor, pero sí para el sexo.

Mateo se incorporó y vio en los ojos de Emilia una mirada penetrante de lujuria que jamás había visto en su vida.

### Muerte al amor

Marcelo se inscribió en el *reality show Big Brother* para olvidarse de la infidelidad de Eva. Y fue aceptado, aunque entonces reveló otros propósitos. Sin embargo, fue nominado por sus compañeros porque éstos consideraron que fueron suficientes los diecinueve días en que se empeñó en ostentar, en cadena nacional, su desdén por la exnovia.





## Ene

No me hagan eso (2)

No puede haber final feliz en mi triste historia    Estoy condenado  
Has de pensar No que muy chingón como el Yac Nicolson    Pues  
lo que no sabes es que al final de la película al Yac le hacen una  
lobotomía y queda medio lelo    así como tú comprenderás    Ya la  
verdad es que ni me importa    Lo único que deveras me interesa es  
que cuando salga patas por delante esté bien cuco    bien vestido  
para que me entiendas    y que mi cara no se vea de a tiro torcida  
Que se vea que morí en paz    aunque no haya sido así    Bueno    has  
de pensar Y este güey qué le preocupa que lo vean como lo vean  
si ya estará en calacas    Pues no sé    mi buen    pero la cosa es que  
me quedé bien ciscado cuando vi a una tía muerta    A mí nunca

me han gustado los velorios ni los entierros. Ni cuando se petateó mi abuelo y mira que al viejo lo quería un chingo. La cosa es que no sé como que no está en mi adeneo o sea en mi sangre en mis tripas o en mi personalidad como quieras llamarlo. Mira mi viejo era a toda madre cuando yo era niño me dio a leer un buen de libros me aconsejaba y todo lo demás que tú quieras para que te quede bien claro que era un ñor fregón. Ya rondaba los ochentaypico de años cuando mis tíos habían notado que se cansaba muy fácil y pues dijeron Vamos a llevarlo al cardiólogo no vaya a ser la de malas y se nos vaya. Pues resulta que mi tío Róber o sea su hijo lo llevó a una clínica para que lo revisaran pero no quiso pagar los quince pesos de estacionamiento y lo dejó casi casi a media cuadra. Le dijo Mira papá nomás te cruzas y te metes al hospital yo ahorita te alcanzo nomás estaciono el coche enfrente. Pues mi viejo que nunca fue de quejarse no dijo ni pío y se bajó de la carcacha de mi tío el Róber y se echó a andar al hospital y pues como ya era de noche no vio una alcantarilla sin tapadera y zácatelas que se le va media humanidad abajo y se le quiebra una pata. No mames iba a una revisión del corazón y se quedó a que lo operaran esa misma noche porque tuvo una fractura expuesta de tibia. ¡Oh qué noche cantarían Franki Vali! Pues mi *old man* salió bien de la operación como debe de ser porque tenía buena madera y todavía a las cuatro de la mañana cuando lo llevaron a su cuarto andaba tan de buen humor que dijo que le habláramos al director técnico de la Selección para que no lo tomara en cuenta para el partido contra Estados Unidos. ¡Ah qué bato tan a todo dar! Bueno pues dos días después fue dado de alta y cuando llegó a su casa preguntó si seguía en pie lo de la celebración de

su cumpleaños. Alguien por ahí le dijo: No, papá, el doctor dijo que necesitabas reposo. Bueno, pues lo dejamos entonces para la siguiente semana. No, jefe, dijo otro de mis tíos, dijo el doctor que debes descansar por lo menos tres meses. Mi viejo debió pensar: No mamen, nunca he estado tanto tiempo sin hacer nada, no me hagan eso. Y es que siempre fue independiente, incluso cuando se iba a echar sus tragos los sábados con sus cuates, carca-males tomaba el autobús, ay, no mames, ya se me antojó el chupe, es lo malo de este antro, no se puede conseguir, ¿o tú sí sabes? De seguro tu cara es de pedo y no de loco y no me quieres decir, jaja, perdón, me estoy pasando, ¿verdad? No me pongas esa cara, pues. Bueno, sigo. El caso es que a mi viejo sí le ha de haber pesado quedar reducido a un trapito que había que limpiar y pues decidió morirse. Yo creo que sí quiso mudarse al otro barrio porque de que tenía madera, tenía madera, que si no lo sabré yo. Por eso como que quiero seguirle los pasos, ¿no? ¿O cómo ves?

### Nunca como hoy

Nomás tantito, mira que no te vas a arrepentir. Te lo digo deveritas. Ya sé que no tengo trabajo y que ni terminé la primaria, pero mira que te quiero. Te quiero a chorros. Algo así como de aquí a la luna. ¿Con eso te convences? Ya sé que tampoco sé decir cosas muy bonitas, pero te tengo ley, harta ley, vieras. Desde que te vi por primera vez me enamoré de tus curvas, de tu color. Me dije entonces que serías mía, que nadie te iba a arrebatar de mi lado. Y ya ves, has estado hartito rato conmigo... o mejor dicho, yo al lado

tuyo. Pero nomás no das tu bracito a torcer, eso no se vale. Y mira que por mí no ha quedado: te llevo a pasear —no muchas veces, lo confieso—, te enjabono todo tu cuerpecito cuando necesitas baño y te doy de comer cuando te da hambre —bueno, cuando creo que tienes hambre.

Sé que estoy repitiendo lo que le digo a mi motocicleta, pero entiéndeme, soy un pobre hombre que sabe poco de la vida. Con la única con quien convivo es con ella. Ya hasta le puse tu nombre: Nuria. Se parece a ti. No querrás saber en qué se parecen, ¿o sí? Bueno, si quieres saberlo, tienes que despertar.

## Eñe

Ñila

**Ñera, me dicen.** No les importa saber mi nombre, a pesar de que ya llevo chico rato con ellos. Cuando me les aparecí por primera vez me echaron las flores propias del oficio: “Con esas tortas y una Fanta, hasta mi pajarito canta”, “Quisiera ser sol, para darte todo el día”, “¿Tons qué, bizcocho? ¿Cuándo le ponemos el requesón a esa gordita de chicharrón?”, entre otras lindezas que primero me dieron miedo, pero que me aguanté porque el hambre es retecanija y necesitaba la chamba.

Y es que tres hijos no son cualquier cosa.

Primero fui ayudanta general. Le entraba a todo lo que me ponía a hacer el maistro, ya barrer, ya pintar y ya hasta cargar

material. No mucho, porque tampoco podía echarme tantos kilos a mi humanidad. Pero ahí la llevaba. Poco a poco fui aprendiendo el oficio. Sé que se necesita harta fuerza, pero creo que también maña, y en las mujeres más vale la maña que la fuerza.

Ya al paso de los meses, y como me veían bien comprometida con la obra, me dieron otras cosas para hacer. Digamos que ahora tengo el rango de oficial de pintura: hago impermeabilizaciones, coloco tablarrocas y desde luego que pinto. De pronto hago otras chambas de albañilería, pero el maistro me puso el ojo y me ha cuidado para que no me desgaste.

—No se me vaya a quebrar, Ñerita, mejor véngase pa' cá —me dice. Es el único que me habla con cariño. Los demás sólo me dicen Ñera. Desde que me dieron la chamba ya no me echan piropos. Sólo el Rufino, cuando le ayudo a colar, se atreve a decirme cosas suaves como: “Quisiera ser ángel de la guarda para guardarte, Ñera”. Pero de ahí no pasa.

Todos me ven a diario con mi ropa de trabajo y mis botas llenas de mezcla. Quisiera usar zapatillas, vestidos, maquillaje. Pasarme el delineador por los ojos y el lápiz rojo en los labios. Me imagino al maistro y al Rufino peleándose por mí si me vieran bien arreglada, como si fuera a una fiesta. Yo creo que el Rufino sólo podría invitarme unas quesadillas en la esquina. Del maistro, no sé. Tal vez le alcance para llevarme a un cabaret, pero sepa si su mujer le quita toda su raya.

A mí los que me importan son los demás albañiles, los que ya no me echan flores y ni siquiera me llaman por mi nombre.

## O

### Obituario

**Osmar Villegas** --- (----/----). Mientras hay hombres que dedican su vida a levantar muros y otros a derrumbarlos, hay quienes se afanan en construir edificios sutiles cuya argamasa trasciende en el tiempo. Se sustraen de la vanagloria pasajera y yerguen obras que parecieran música congelada. Estos hombres son los imprescindibles, diría Bertolt Bretch, porque luchan toda su existencia, sin claudicar. A temprana edad descubriste que el cuerpo pasa pero la obra queda, así que no dudaste en ilustrarte no sólo para enfrentar los avatares de la vida, sino para dejar un legado que estimulara la imitación de quienes te sucederán. Dejaste pronto las aulas para encarar el reto de descubrir por ti mismo las leyes de los hombres y

cómo es que funcionaba el universo. Mantener el cuerpo caliente y el estómago lleno no fue, sin embargo, tu aspiración última, porque al levantar la vista al horizonte descubriste que detrás de las nubes siempre está el sol luminoso. Así que, al tiempo que aprendías tu noble oficio, dedicabas las noches a devorar libros que te hicieron caer en la cuenta de que el hombre está llamado a trascender, a diferenciarse de las bestias por sus obras y por su pensamiento. Así se fue templando un carácter envidiable, porque eras de sonrisa fácil y palabras sensatas. Alrededor tuyo fueron ciñéndose hombres y mujeres imprescindibles como tú, a quienes arrancaste constantes risas y palmadas por tu humor puntual y lapidario... Este obituario, que escribí para cuando mueras, es la única herencia que puedo dejarte, hijo, a pesar de que aún no has nacido y a pesar de que aún no conozco a tu madre.

### Onomástico

*Orden y progreso.* Ése era el lema positivista de don Olegario, quien, tras toda una vida de esfuerzo, se hizo de un capital considerable como dueño de una constructora. Ahora la vida le sonreía con una empresa sólida y una familia adorable. Tania, su única hija, era el mayor tesoro de su corazón y la inspiración de su vida. Había sido educada en los mejores colegios y era bellísima: por eso tenía múltiples pretendientes. No soy poeta, pero creo que si le echan un vistazo a Bécquer podrán tomar los adjetivos necesarios que iluminen lo que humanamente intento retratar cuando me refiero a Tania. Se podría decir que tenía un alma apacible... hasta que



su padre le preguntó por qué, a sus veintinueve años de edad, no había tenido ningún novio. La muerte ya rondaba el bosque otoñal de don Olegario, así que le preocupaba su legado. Tania calló por unos instantes cuando su padre la llamó a cuentas. Tras suspirar, dijo finalmente que era homosexual.

Don Olegario me citó muy temprano en su despacho. Aún no llegaba ni siquiera el personal de limpieza. La ocasión ameritaba la mayor de las discreciones. “Quiero que me compres un pretendiente para mi hija. Aquí hay medio millón de pesos como estímulo para el que logre obtener su amor”, me dijo, luego de contarme que todos los hijos de sus amigos, conocidos y socios habían desfilado por la casa de Sierra Leona y habían sido despachados con cajas destempladas ante el rechazo de Tania.

No tuve éxito, sin embargo. Después de varios de miles de pesos gastados —que no invertidos— en flores, chocolates, mariachis y todos los efectos cursis que a ustedes se les ocurran, los pretendientes se fueron agotando, tanto en cantidad como en calidad. Entonces resolví decirle al propio Olegario que yo mismo me presentaría como candidato. Debía ser honesto, porque así me había educado mi madre. No era sino un simple secretario, pero también había sido educado bajo la consigna de *orden y progreso*. “Adelante, Tomás. No me importa ya ni la clase social”, me dijo. “Además, como te conoce, te será fácil acercarte a ella, porque a los otros ni siquiera los recibí”. Me pareció un buen argumento.

Hoy puedo decir que el día en que el corazón de Tania se me entregó, volví a nacer. A partir de saber qué era el amor, soy una nueva persona. Y tan agradecido estoy con Tania que ella misma aceptó ser mi madrina de bodas con Augusto.



## Pe

### Padre

Pues que me dice, luego luego que me vine: Vas a ser papá. Ah, chingá, ¿a poco?, si ya me hice la vasectomía. Y lo peor: ¿Tan rápido? Pues sí, papacito, así de buenazo eres. No, pues de que estaba sacado de onda, estaba sacado de onda. Pero la Maru es, cómo decirlo, mi paño de lágrimas. Siempre está bien dispuesta, ora pa'l trago, ora pa'l catre. Pero, sobre todo, está bien dispuesta para la conversada. Creo que al cabo eso es lo que importa, ¿no? No le importaba que llegara jediondo por la chamba, ni tampoco me exigía que le completara para los frijoles. Tampoco me echaba en cara que llegara después de la hora o que no me hubiera lavado el océano porque me había echado unas heladas con los compas antes. No, nada de eso.

Siempre tenía su sonrisita de muñeca y me decía que qué chingón que la hubiera visitado, que el sol había entrado por su ventana y otras cosas que hacían que se me enchinara la piel. Era tan distinta a la méndiga de Carmela. Juar, juar, luego me preguntaba la Maru, Quieres a Carmela, y yo, No para nada, mamacita, todo lo contrario, Ay, vas a ver, móndrigo, y yo pues nomás me dedicaba a los que yo creía entonces simulacros de procreación. Pero el caso es que la Maru me la aplicó. Claro que no sabe que desde Tavito me pasaron cuchillo para que nomás endulzara y no engordara, como quien dice, era el Canderel. La neta es que me da harta pena decirle que es una jija de su chingada madre, pero pos no. Me aguanto porque, después de todo, es a todo dar, me cai.

## Cu

### Queroseno

Quien no haya pensado alguna vez en matar a su jefe está mintiendo. No me refiero a llevar a cabo esta macabra tarea, sino simplemente a que la idea aparezca en la mente. He de reconocer que hasta ahora nunca había tenido la necesidad de invocar a los espíritus malignos, pues me había tocado, por fortuna, tener grandes jefes. El último, Héctor, era sencillamente un tipazo. Jamás regañaba a los que trabajábamos en el periódico: ni por llegar tarde ni por un error en nuestra labor —involuntario, eso sí—. Aparecía siempre con su aire de camaradería e, inclusive, nos dejaba echar un trago en la redacción los viernes por la noche. Por desgracia, el periódico quebró y tuvimos que buscar fortuna en otro sitio.

El destino me llevó a otro diario, donde me reencontré con Elisa. Supuse que la relación con la jefa de redacción sería de maravilla, ya que regularmente suelo llevarme bien con las mujeres y, además, conocía a Elisa desde la facultad, donde fuimos condiscípulos. Pronto, sin embargo, se desdibujó esa idea.

No había pasado ni un mes cuando comencé a odiarla. Primero, a través de mis compañeras. “Es una hija de su reputísima madre”, me decían. Claro que la mentada no era suficiente, pero tuve oportunidad de comprobarlo. Un día dijo —y estando yo presente— que ni reunidas todas las experiencias de los presentes le llegábamos a los talones. Luego, mis compañeras pidieron su cambio, aunque fuera como secretarias.

Pensé primero en googlear *modos de matar*, pero tuve miedo. Presentí que como Elisa se llevaba bien con el güey de sistemas, bien podía rastrear en mi computadora mi ejercicio ilícito, así que mejor pensé en mi experiencia como espectador de series de televisión. Deseché las posibilidades de desembuchar una lana, no tanto por codo, sino porque la pinche Elisa ni se lo merecía. También me deshice de los típicos clichés, como envenenarla con una sustancia impercetible o atropellarla en un auto robado.

Así se me fueron los días, las semanas, los meses.

Un buen día se apareció el director del periódico en la sala de redacción y nos dijo que Elisa había pasado a mejor vida, es decir, se había petateado. Claro que todos nos mostramos compungidos por el hecho de que el alma de la pobre ya no haría renegar de su trabajo a los que estábamos presentes.

El caso es que me nombraron jefe de redacción y de inmediato me di a la tarea de regresar a la oficina a mis excompañeras. Por lo

menos alguna de ellas podría avisarme si alguien de la oficina había llegado con un pomo de petróleo natural, obtenido por refinación y destilación, usado en el alumbrado y como combustible en los propulsores a chorro.





## Erre

### Ritornello

Resultaría muy extraño que entre un hombre y una mujer no pasen los seres que vengan de otros mundos, traídos por el viento, que formen sus rizomas alrededor de las raíces y que compongan eternamente su devenir. De esta manera, el hombre siempre dirá a la mujer:

—Me atraes.

Y la mujer:

—Te odio.

Y el hombre:

—Me encantas.

Y la mujer:

—Te odio.

Y el hombre:

—Te quiero.

Y la mujer:

—Te odio.

Y el hombre:

—Te necesito.

Y la mujer:

—Te odio.

Y el hombre:

—Te amo, cástate conmigo.

Y la mujer:

—No. Te odio.

Y el hombre, tras suspirar, dirá:

—Me atraes.

## Ese

### Salud mental

Sica tuvo la caridad de recibirme antes de mandar matar a mi marido. Me mandó llamar muy de mañana, antes de que tuviera listos los tamales para venderlos en la plaza, pues era domingo y mucha gente iría, como de costumbre, a oír la misa del padre Betanzos. Eso de *mandarme llamar* es muy cristiano, porque, en realidad, dos pelados patearon la puerta de mi casita y luego de encontrarme en la cocina me llevaron casi casi arrastrando. Eran los hijos de mi compadre el Goyo, y Juan, el mayor, era mi ahijado. Pero poco importó porque tanto a Juan como a Gabriel les valió el parentesco. Ni siquiera me dejaron apagar la lumbre. “El patrón quiere verte”, me dijo mi ahijado, irreconocible no tanto por sus

ropas caras y sus cadenas y relojotes, sino por su cara. Ya no la tenía como cuando era chamaco y me llevaba un jocoque que me mandaba mi comadre Úrsula. Entonces era un chapo muy alegre, bromista, y se puede decir que hasta le hacía ilusión estudiar para sacar a mis compadres de su pobreza, de esa que venían arrastrando desde antes de que nacieran sus padres y los padres de sus padres.

Gabriel me aventó en la caja de la troca y me dijo: “Estate quietecita”, pero Juan, que ya estaba echando llave, se dio cuenta y regañó a su hermano.

—No seas pendejo, no ves que se puede aventar en cualquier esquina. Esta vieja es capaz de hacer cualquier cosa.

—Pos sí, tienes razón —respondió el otro—. Ya ves lo que hizo anoche. Es una vieja de muchos güevos.

Y total, me echaron adentro, con ellos, en la cabina. Ni siquiera tuvieron la delicadeza de agacharme para que no nos vieran los gendarmes o de cubrirme la cabeza para que no supiera a dónde me llevaban, pero de cualquier manera todo el pueblo sabía qué hacía y dónde vivía el Sica.

Aunque el Sica era narco, le entraba a todo. Todo lo que le dejara billetes, mucho mejor si eran verdes, de los gringos. Había tenido más o menos la misma infancia que casi todos nuestros niños de Valle de Aldama: tanta pobreza como piedras en los caminos polvorientos de nuestro pueblo. Abandonó la primaria para ayudar, como la mayoría de los chapos, a sus papás a la colecta de mariguana o a la pizca de amapola por allá, por las colinas y cañadas de la sierra.

En cuanto me tuvo frente a él me dijo:

—Sabes por qué me lo voy a quebrar, ¿verdad? Digo, pa’ que no haiga malos entendidos.

—No lo sé. Si tienes la caridad de avisarme, lo entenderé... Y te perdonaré.

—Por soplón. Ai como lo ves, fue de rajón con la Federal. Mi compadre, el comandante Eustasio, me lo dijo.

—Pues si así lo dices.

—Te mandé llamar para eso. Pa' que no andes pensando cosas que no son. No es por ser tu viejo. Eso me tiene sin cuidado.

—Pues tú eres mi hijo, y también me tiene sin cuidado que no hayas superado que me haya arrejuntado de nuevo.

### Sortis

Sin despegar su vista del pergamino en el que hacía anotaciones breves, el vicario general le preguntó a Menocchio si sabía por qué había sido requerido ante su dignísima presencia. El molinero no contestó, pues se detuvo en la caligrafía trémula del eclesiástico que trazaba grafos ininteligibles en el papel decoroso. Al final de una oración, tras un punto y aparte, Giambattista Maro aprovechó la pausa para formular la misma pregunta, al tiempo que mojaba la punta de su pluma en el tintero. Menocchio observó atentamente la operación del vicario, que volvió a sus anotaciones sin que se dignara mirar a su interlocutor. Había en su expresión una plácida dedicación a sus palabras escritas que, de manera parsimoniosa, iban hilando ideas, varias de las cuales le eran a Menocchio, por el momento, ajenas. Instantes después, Maro sintió el peso de una mirada que le cernía y por fin alzó la vista. Encontró al otro lado de la frontera de su escritorio a un hombre cuya indumentaria acusaba

su oficio. Sin embargo, detrás de la bata, capa y gorro níveos impregnados de motas de harina, evidencias de tantas molturaciones, emanaba una distinción que no correspondía con su humilde oficio. Es verdad que sus manos, surcadas de arrugas y llagas forjadas por los instrumentos de trabajo, eran las de un hombre común, pero en su porte se percibía un donaire inexplicable que el vicario pronto calificó de arrogancia, sobre todo por su renuencia a contestar. A pesar de ello, mantuvo la calma que su práctica eclesiástica le había insuflado a lo largo de décadas de servicio, no tanto para impartir misericordia como para ejercer autoridad, pues bien sabía que a los niños y a los ignorantes se les templa la voluntad con el silencio antes que con la amonestación pública. Así que volvió a preguntar si conocía la causa por la cual había sido llamado a comparecer. Ahora había dejado la pluma en el tintero, se acodó sobre el escritorio y unió las palmas de sus manos como si fuera a orar. Segundos después, ante el silencio persistente, llevó los dedos índices, aún unidos fraternalmente, a sus fosas nasales y respiró entre los pliegues que de inmediato prodigaron tibieza a la concavidad manual. Tomó después de un cajón de su escritorio un pliego doblado. Lo extendió y leyó que Domenico Scandella, mejor conocido como Menocchio, era de profesión molendero, carpintero, aserrador y albañil, aunque la actividad que con mayor asiduidad ejerce es la primera. ¿Era esto verdad?

—*Credo in unum Deum / Patrem omnipotentem, / factorem caeli et terrae, / visibilium omnium et invisibilium* —dijo entonces Menocchio. El vicario frunció ligeramente su ceño como respuesta, pero no alzó su mirada.

El vicario echó, entonces, atrás su cuerpo y se cruzó de brazos. Quería saber por qué Menocchio estaba citando el Credo como respuesta aparente... “¿O es que está tratando de ser insolente con esta autoridad?”, preguntó.

—*Gentium, non factum* [...] *Et venturi saeculi. Amen* —respondió el interpelado, completando con ello la oración fundamental de la santa Iglesia romana católica y apostólica. Giambattista Maro sintió el latigazo de la impaciencia, impropio de su santidad. Entonces lo mandó quemar, porque sólo Satanás podría enseñar latín a los pobres diablos.





## Te

### *Tente novamente*

Tras un golpe de Estado que ya se veía venir, el tirano de un país huyó con su familia, en el avión presidencial, rumbo a Cuba. Al arribar, su homólogo lo recibió con todos los honores, pues “no se merece menos el demócrata por antonomasia de Sudamérica”.

Tal frenesí provocó el tirano que fue alojado en la mismísima residencia del mandatario cubano, con quien charló cerca de cuatro horas sobre la problemática mundial. Al cabo, el anfitrión apagó su Cohiba, se levantó de su asiento y dio por finalizada la charla. Finalmente dio las buenas noches a su huésped, no sin antes recordarle los hábitos de la casa: “Aquí todo mundo se levanta antes de las siete y si quieres llamar por teléfono, nada más tienes que

marcar el nueve y una operadora te brindará asistencia. Sobre todo, no desesperes si demora el servicio”.

### Tevé educativa

Tras irrumpir en los televisores de toda la nación, el presidente hizo saber a su pueblo que no se dejaran llevar por la manipulación de los medios de comunicación privados, ya que éstos incitan deslealmente a un golpe de Estado. Sin embargo, antes de despedirse, recomendó a los televidentes que sintonizaran la televisora estatal, ya que a esas horas transmitía un documental sobre la revolución nacional.

### Tom Hanks y Wilson (3)

Todo por perderle el hilo a ver en qué iba. El chiste es que mi abuelo decidió morirse así lo creo yo porque no quería que le limpiaran el culo cuando lo bañaran ni que le dieran su sopita en la boca ni nada de eso. Decidió entregar su alma al mero-mero y nos dejó en este valle de lágrimas un buen día de Pentecostés. Y digo buen día porque no hay nada más terrible que depender de los otros. ¿tú qué piensas mi querido pelos de chayote? Ya sé que para ti de seguro todos son buenos días o malos días ve tú a saber el caso es que no distinguirías. Mi viejo decidió irse así nomás. Oye bueno a todo esto estaba platicándote de una tía pues también se murió o sea a ella también le tocó aunque más joven o menos ruca como lo quieras ver porque tenía como

sesenta y pico de años casi casi como mi jefecita El punto es que le entraba bien suavena al cigarro y a la Coca-Cola creo que prefería que le mocharan una pata en vez que le quitaran su Droga-Cola y sus Salem eso desayunaba comía y cenaba Pues ya te has de imaginar que eso a la larga o a la corta como quieras verlo le traería consecuencias Mi jefecita le decía Oye Tere tienes que cuidarte ahora que te dejó mi hermano y te retiró su apoyo pero mi tía era más necia que tus pelos y respondía Pos de algo me voy a morir ¿no? Además como que pa' qué me cuido ya mi hijo está bastante grandecito y pos ya cumplí con mi cometido en la vida No te voy a engañar mi pelos de chayote la verdad es que también quería un chingo a mi tía la Tere Siempre que la visitaba ya tenía lista mi chela bien helada un cigarrín y una plática retesabrosa Por esa época yo dizque quería ser medallista olímpico eran las olimpiadas de Los Ángeles 84 sí güey no te me quedas viendo así ya estoy medio ruco pero soy como quien dice tragaños Bueno yo tenía como catorce años y salía de mi casa y según yo quería ser marchista como el Raúl González y el Ernesto Canto y me echaba a andar unos kilómetros rumbo a casa de mi tía Tere era como mi inspiración además de que era la casa que me quedaba más lejos según yo para prepararme mejor Pues mis buenas intenciones se iban por el drenaje porque según yo bien sanote y mi tía sacaba luego luego la cerveza para que recuperara líquidos cómo la ves mi querido ¿cómo dices que te llamas? Chales voy a tener que preguntarle al doc tu nombre aunque mejor no porque qué tal y se da cuenta que no estoy lurias Qué te parece que mejor te bautice como si fuera yo sacerdote ya nomás me falta la toga o el birrete o la cofia o la sotana o la madre esa que se ponen para cubrir sus

miserias esa que es negra porque ya tengo mi calva en la coronilla como si fuera franciscano una herencia de mi padre el muy hijo de su calva madre jeje Bueno pues te llamaré a ver ¿como cara de qué tienes? Pues cara cara así como que la tienes de pendiente pero ni modo que te diga así porque medio hospital va a voltear sobre todo los doctores Mejor te pongo Wilson por aquello del balón de la peli de Tom Hanks *Náufrago* creo que se llama.

## U

### Utilidad

Un buen día visité a mi compadre, que es pintor, y le entregué un puro. “Ya nació”, me dijo. Asentí. Después, mis visitas a su estudio fueron más frecuentes. “Ya balbucea”, le dije. “Ah, es que va a ser locutor”, aseveró. Luego, en otra ocasión, le dije que le encantaba jugar con bloques de plástico y hacía torres. “Es que de seguro va a ser arquitecto”, me respondió. Otro día le comenté que le encantaba meter la mano en la pecera. “No tengo ninguna duda de que será biólogo marino”. Ayer le dije que Renato ya ilumina en un libro de dibujos para colorear que le compré. “Va a ser pintor”, le dije, muy ufano. “No mames, compadre. Se te disparó la imaginación”.

## Unidad familiar

Un anciano preguntó a sus hijos qué entendían por *fuera breve*. El novelista dijo que era un cuento bien logrado. El arquitecto argumentó que más bien se trataba de la función ejercida por los albañiles. Al tercero, menos amoroso que sus hermanos, no le interesó reflexionar sobre la cuestión.

El anciano les reveló entonces que cada una de sus respuestas serían su herencia.

Sólo uno de ellos bendijo al padre con una sonrisa.

## Unos calcetines (4)

Újule güey ¿en qué iba? Ah sí en que tenía que bautizarte porque como que me da güeva ponerte apodos y hacerle al imaginativo. Pues mi querido Wilson como te decía mi tía Tere tenía por deporte olímpico el lanzamiento de Coca-Cola a la garganta y chupamiento de cigarro mentolado a los pulmones y por lógica un día la naturaleza le iba cobrar factura. Pues así le sucedió un día o mejor dicho una noche porque era la hora de ver la novela y se le ocurrió ir al cuarto de su hijo o sea mi primo a acostarse con él no pienses mal pinche Wilson es un decir o sea a tenderse en la cama y ver la novela con él móndrigo malpensado y minutos después comenzó a retorcerse como tlacuache y se le fue la vida como la quincena a un Godínez sí güey un burócrata. No pongas esa cara le dio un infarto y pues entregó el equipo. El caso es que cuando me avisaron y llegué a su casa la vi acostadita tapadita con

una cobija pero alcancé a verle los calcetines No mames creo que era una cobija de bebé pero resulta que eso fue crucial porque vi que tenía los calcetines al revés Se le veía la costura por encima para que me entiendas pinche Wilson Eran unos calcetines como los de la Chimoltrufia así con varios colores como si fueran de pirulí Pensé No mames morir así está cabrón pero morir con los calcetines al revés no tiene madre No creas que soy un vulgar criticón lo que pasa es que cuando tienes ante ti a la mismísima muerte piensas un chingo de cosas que a lo mejor jamás te habías imaginado ya sabes si habrá sufrido al morir o qué chingas se siente Ya su carita estaba blanca blanca y su piel dura pero no dejé de notar sus calcetinitos volteados A lo mejor pensó cuando se dio cuenta que se los había puesto al revés Pos quién me va a ver además igual y calientan y eso es lo que importa Pero sí importa mi querido Wilson porque yo la vi así y pues cuando nadie me vio se los volteé para que recuperara un poquito de dignidad La verdad es que está recabrón estar muerto pero está más cabrón estar muerto y no poder hacer nada al respecto Imagínate a un cabrón que se petateó luego de echarse una tostada de frijol y después de que le hayan contado un chiste no mames su cara toda torcida y con la cáscara del frijol en uno de sus dientes O un cabezón que se le escurra el alma cuando esté echando un paliacate ay méndiga Ramona y se le quede el fusil a punto de tiro como quien dice casi casi a punto de soltar las municiones No mames pinche vergüenza que me agarraran así No porque tenga mi rifle corto no seas pendejo sino porque se haya desperdiciado así una erección La vida es tan sabia sin embargo que no me pasó eso y no me pasará mi Wilson porque lo que es yo jamás me volveré

a ensabonar con ninguna vieja así con el corazón en la mano te lo digo pues cuestiones de amores es lo que me tiene aquí bueno no necesariamente quiero decir que ése fue el principio de lo que me llevó a conocer tu horrenda cara porque has de saber que tuve que pasar un montón de cosas para que finalmente me encerraran en este lugar de la mortalidad Sí aunque no lo creas aquí hay más muerte que en la mismísima chirona o inclusive que en las cárceles de Tejas en los Yunaites donde los presos ya saben que con una inyección luego luego verán a san Píter en las puertas del Cielo o al Mefistófeles en el Infierno.

### Utilidad dos

Un hombre quiso construir una casa para sí a las afueras de su pueblo, pues deseaba una vida tranquila. Luego de haber escogido el terreno y haberlo aplanado, acumuló allí los diversos materiales y después, con las herramientas del oficio del albañil, comenzó a echar los cimientos. Los días pasaron y el hombre avanzaba paulatinamente en su obra. Primero levantó las paredes, tendió la techumbre, completó el interior y, finalmente, acabó la edificación.

Luego se puso a buscar familia, pues cayó en la cuenta de que había construido más recámaras de las que había pensado.



## Uve

Vejez

Veo un montón de ballenas encalladas en la playa. Cientos, quizá miles. La del bikini rosa creo que aún respira.

Venganza de la muerte

Víctor Ray, mi héroe, cumple hoy ochenta años de edad. Creo que vi unas cuarenta o cincuenta películas de acción que protagonizó —según me lo permitía el trabajo, que por cierto es muy demandante—, y siempre disfrutaba cuando repartía madrazos a diestra y siniestra. Es el mejor. Creo que en sólo una perdió un combate,

precisamente ante otro grande: Bruno Lee. Pero no importa, porque creo que fue la primera que filmó y de ahí pa'l real: a forjar su leyenda.

Decidí hacerle una visita a su casa, a pesar de que no estaba en la agenda. Verán, es que siempre me ha dado curiosidad cómo es que un hombre ha sabido ganarse el respeto de la sociedad por sus películas de acción. Y es que —hay que decirlo— es uno de los pocos actores que jamás necesitó extras en sus escenas de combate. Practicaba, además del karate y el kung-fu, el *jiu-jitsu* brasileño.

Aunque esto que cuento fue hace años, el público no lo olvida. Así lo percibí cuando me aposté a las afueras del palacete del actor en retiro. Había en la calle unas doscientas personas, arracimadas, con pancartas, flores y playeras estampadas con la figura del héroe de acción. Me abrí paso entre la muchedumbre para darme un baño de pueblo y escuchar lo que decían entre sí acerca del acontecimiento. “Víctor Ray no necesita soplar las velas de su pastel, ellas solas se apagan al verlo”; “La gente normal usa pijamas de Superman; él usa pijamas de Ray”; “Víctor parte un cuchillo con una sandía”; “Un día Víctor Ray se sacó un moco y nació Hulk”; “Perdió la virginidad antes que su padre”; “Thor sacó su martillo de la caja de herramientas de Ray”, etcétera. Pero de todos estos comentarios me llamó poderosamente la atención uno: “En una ocasión, la muerte tuvo una experiencia cercana con Víctor Ray”.

El público no puede entrar en este momento a las habitaciones del actor. Si lo vieran, tal vez cambiarían de opinión. Está postrado en cama y tiene conectado un respirador artificial. Habrá perdido desde hace algunos años unos veinte kilos, de tal suerte que lo que podemos encontrar tendido es un guñapo. Me dan ganas de

abrir la puerta de la casa de Ray e invitar a la chusma a que vea a su ídolo festejando la miserable vida que ahora tiene que padecer... Pero no me atrevo. No sé cómo voy a hacerle cuando tenga que llevármelo. Y por esa desgraciada angustia que me ha provocado un simple mortal, guardo mi guadaña y lo dejo que viva otro poco más.



## Doble uve

Wilson (5)

Güey como sea lo que quiero decir es que los condenados a muerte saben que ya no van a sufrir y que un mundo más allá los espera con ansiedad y eso creo que los tranquiliza y los que están nomás guardados en la sombra unos años pues tienen la esperanza de que un día saldrán. A eso se le llama esperanza. En cambio a los locos les pasa todo lo contrario ya no tienen nada qué esperar de la vida y no porque la vida no tenga nada que ofrecerles pues yo me imagino que cada uno de ustedes tiene a su familia amigos ¿no? qué sé yo sino simplemente no tienen esperanza porque no saben qué es eso o sea pa' que me entiendas como están locos no tienen idea de que hay un mundo allá afuera esperándolos. Y pues cómo

van a saber si tienen las neuronas todas muertas bueno menos una yo creo que es la que los mantiene como vegetales Por eso aquí es el Lugar de la Mortalidad Mueren las ilusiones y hasta las ganas de hablar yo por si las moscas me he puesto a hablar contigo no vaya a ser contagiosa la locura jeje Ajá has de decir o mejor dicho has de pensar Este güey ha de estar más cabrón que nosotros porque él sí se da cuenta de la miseria de su vida Pues sí mi Wilson resultaste más cabrón que bonito como yo no estoy Lorenzo como tú y la dilecta comunidad loqueril de este hospital pues sí me doy cuenta de que estoy bien jodido como quien dice la ignorancia es la bienaventuranza Pero qué le vamos a hacer ya estoy aquí y ni modo que me eche para atrás Pinche Ramona ella tuvo la culpa Te había dicho que los males de amores me habían traído aquí Pues sí así fue Has de pensar seguramente Y bueno este bato viene acá hablándome de la esperanza y de que se está mejor en la cárcel esperando la muerte exacta en fecha y horario o aguardando a que se cumpla la condena para salir libre Pero resulta mi querido Badulaque cara de mi sobaco izquierdo que no me aferro a ninguna esperanza Vine a morir como quien dice.

## Equis

Xicohtécatl

**Xochipilli y Xochiquetzal** no podían dar crédito a lo que sus ojos veían: los aztecas ya estaban preparándose para asentarse definitivamente en aquel pequeño islote lleno de carrizales y tulares, frente a Azcapotzalco, sin que ningún águila y ninguna serpiente estuvieran trabados en plena lucha sobre un nopal. Unos, en cuclillas, tentaban las rocas que sobresalían del pantano; otros recolectaban plantas acuáticas, raíces y algunos renacuajos; por allá se oyeron los gritos de júbilo de aquellos que habían descubierto un manantial de aguas cristalinas; estos de por acá, en un tris, ya levantaban jacales.

Xochiquetzal no pudo resistir este espectáculo y se puso a llorar de rodillas, con el rostro cubierto; una gruesa lágrima corrió por su mejilla y cayó al suelo, pero pronto fue borrada por cientos de pies aztecas que corrían de un lado a otro, como apretados enjambres de abejas que se vuelcan arracimadas hacia una flor llamada Me Xi Co Tenochtitlán. Por el contrario, Xochipilli estaba indignadísimo. Tuvo que contenerse al movimiento de los aztecas, que se asemejaba a las olas del mar cuando las alcanzan los vientos de una buena fortuna. Cerró sus ojos, más por estupor que por las nubes de polvo que levantaron los cobrizos pies desnudos de estos hombres andrajosos y hambrientos... no de maíz, sino de gloria.

Antes de abrir sus ojos, Xochipilli acarició un deseo: “Por favor”, elevó una plegaria, “quiero regresar al siglo XXI, a donde pertenezco; que mis pies toquen el cemento del Zócalo capitalino, no su abuela, la tierra”. Pero cuando los párpados se desunieron, Xochipilli y su mujer seguían en 1325, y sin ningún asomo de engaño, sus ojos observaron al mar de gente trabajando en este islote del Valle de México, casi al centro del Lago de Texcoco. Estuvo a punto de lanzar un grito, en desesperada histeria, de no haber sido por un azteca que subía al cielo, en ese preciso momento, exclamaciones nostálgicas inentendibles. El indígena se distinguía de los demás, no por su furor apaciguado ni por su calmado rostro, sino por la manta blanca como el nácar que resbalaba por uno de los costados de su cuerpo. El sol acusaba el mediodía y su reflejo en la túnica hacía que todo hombre evitara mirarlo. De hecho, ningún azteca necesitó del sol para darse cuenta de eso, pues sabían que se



trataba del sacerdote supremo. Mejor se apuraron a lo suyo, que era disponer el lugar para construir su futura ciudad.

Pero Xochipilli no era azteca, sino un modesto comerciante del centro histórico de Ciudad de México, que desde el 2025 había llegado de la provincia para hacer fortuna. Tomando el aliento que le inspiraba el amor de su esposa Xochiquetzal, que seguía llorando inconsolable, se acercó al sacerdote que aún no reparaba en su presencia.

—¿Dónde están el águila, la serpiente, el nopal? —preguntó Xochipilli.

—Regresen. Ya no los necesitamos. Fue un error haberlos traído —respondió.

Entonces, Xochipilli y Xochiquetzal abandonaron el Valle de México y se dirigieron a Teolocholco, uno de los cuatro señoríos de Tlaxcallan, para persuadirme de hacerle la guerra a los aztecas y enseñarme español.



Ye

Y mientras

Y bueno, resulta que las paredes, las puertas, el modular, la pantalla, las lámparas, la alfombra, en fin, todo le resultaba extraño. Es más, ni siquiera parecía su casa. Y no era. Ganas de chupar nomás para agarrar valor.

Yo no

Yo paro de beber cuando quiera. Pero el caso es que no quiero. Así de simple. Dicen que tengo un duro problema de alcoholismo y que por eso no he durado en los diversos oficios que he desempeñado,

desde lavaplatos hasta valet parking. También atribuyen mi apetito por el whisky al hecho de que soy muy feo como para salir con una mujer. Es verdad que, además de feo, soy huraño y con un terrible problema de acné. Y también es cierto que en mis primeros cuarenta años de vida no tuve ninguna experiencia sexual, pero eso no tiene nada que ver con que me encante empinar el codo. Me encanta, pero lo que no saben los que me juzgan es que cuando me llevo la primera copa a la boca evalúo lo que puedo soportar sin desplomarme. Por eso puedo decir que puedo parar de beber cuando quiera.

Comencé a beber a los diecisiete años, inducido por el Yosep, el hijo de un cirujano que había perdido su licencia por ser alcohólico y que tenía una bodega llena de botellas, a donde me llevaba mi amigo. La vida era estupenda y yo poderoso. Apostaba a los caballos y consumía alcohol sin parar cuando ganaba una apuesta, pero sepan que mis aficiones no me han impedido trabajar. Hay quien no necesariamente es un alcohólico y se pega una borrachera y al día siguiente falta al trabajo por la resaca. Yo no. Para mí, el alcohol no es entorpecedor, sino un estimulante, un excitante modo de pasarla bien en esta vida. Crudo y como sea siempre llegaba a la chamba. Si he cambiado de oficios como de calzones es porque muy pronto me aburro.

El alcohólico abstemio es una clase de bicho que aborrezco porque ofrece su cuerpo en sacrificio. Ir de peregrino a Chalma y jurarse debe significar que hay algo muy fuerte en su vida que no podría soportar sin el trago. El problema no es aguantar el alcohol, sino más bien que uno cree que lo necesita, lo que uno cree ver; lo que uno cree experimentar, cree pensar y que hace que uno

experimente la necesidad, para poder soportarlo, para dominarlo, de una ayuda: el chupe.

Sí, tiene su chiste dejar de beber, lo confieso, y quizá si yo llegara a dejarlo sería por otros motivos: de salud o de respiración, por ejemplo. Poco mérito, cierto, pero más genuino. Por lo pronto, bebo porque desde la primera copa mi cabeza se pone a trabajar a mil revoluciones. Caigo en la cuenta de que hay algo demasiado fuerte en la vida. No es en absoluto algo necesariamente aterrador, es algo demasiado fuerte, algo demasiado potente en la vida. Entonces, bebiendo puedo ponerme al nivel de aquello más potente.

Son tan alegres los alcohólicos. No puedo evitar sonreír cuando dicen en la cantina “Órale, va la última”, “Ya mañana voy a jurar”, “La del estribo y nos vamos”, “Mañana lo dejo, por la virgencita que sí”. Y a la tarde siguiente, cuando hago mi aparición, encuentro a los mismos borrachos bebiendo nuevamente. El problema está en que piensan siempre en la última, y eso los aterra en el fondo. Hay que pensar siempre en la penúltima. Yo por eso siempre digo que lo dejo por hoy para empezar de nuevo mañana.



## Zeta

### Zernateja

*Zeze. Me habían dicho que el mal de amores* lo trataba justamente Seu Zeze, un viejo tupí, pero que sería más difícil encontrarlo que curarme. Sin embargo, también me dijeron que una íntima suya, doña Delina Fernandes, podría acercarme a él, aunque tendría que ir a buscarla a Minas Gerais. Abandoné entonces la reserva indígena de São Paulo y me puse en marcha. Casi catorce horas después caminaba yo sin rumbo fijo por las calles de Belo Horizonte, esperando la hora de que partiera mi segundo autobús a Sete Lagoas, cuando decidí entrar en un bar maloliente, no tanto para apagar mi sed, como para matar el tiempo. Pedí una garrafa de cerveza y me arrellané al fondo del local, donde dos mujeres negras

fumaban sin parar y colocaban en la rocola música sertaneja. No soportaba esa música. No por ser ajeno al área cultural caipira, sino porque me secaba el alma. Algún brasileño me había dicho que sertaneja venía de sertão, que a su vez proviene de sertão. “Está más que explicado”, pensé.

Una de ellas estaba bebida más de la cuenta y entonces lloró en el regazo de la otra, que rio lastimeramente y correspondió al abrazo. Me costó tres rondas más de cervezas caer en la cuenta de que esa noche no debía tomar el autobús que me arrancara de aquella ciudad. “La S, la Z, la C y la Ç suenan para mí iguales. Se burlan cuando hablo. Se burlan porque hablo español que no entiende de esos sonidos suyos”, le dije a la negra que lloraba minutos antes. Así que voy a renombrar su música. Zertaneja. No hay diferencia.

—*Quer pinga?* —preguntó. Yo sabía que era el aguardiente de caña. Ya lo había probado desde San Pablo. Sin embargo, me ruboricé. La negra pareció notarlo. Tenía un tranco sensual. Sus senos ansiosos y nalgas de globo terráqueo me perturbaron.

—*O que é pinga no espanhol?*

—Soy mexicano, pero especialista en lengua. Soy filólogo. Lo sé. Pero no soy cubano.

—*Pinga é... já sabe, coisa gostosa, né?* —agregó.

Entonces, olvidé mis problemas de amores.



# Índice



9	A
17	Be
21	Ce
27	De
31	E
37	Efe
41	Ge
45	Hache
49	I
53	Jota

55	Ka
57	Ele
65	Eme
71	Ene
75	Eñe
77	O
81	Pe
83	Cu
87	Erre
89	Ese
95	Te
99	U
103	Uve
107	Doble uve

109 Equis

113 Ye

117 Zeta



*Abecé de*

*lo esquiizo*, de Gustavo

Guerrero, se terminó de imprimir en  
diciembre de 2020, en los talleres gráficos de  
Diseño e Impresión S. A. de C. V., con oficina de venta  
en Otumba núm. 501-201, colonia Sor Juana Inés de la Cruz,  
en Toluca, Estado de México, C. P. 50040. El tiraje consta de qui-  
nientos ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográ-  
fica Borges, de Alejandro Lo Celso, de la Fundidora PampaType.  
Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz y Juan Carlos Cué.  
Formación, portada y supervisión en imprenta: Esmaragdaliz  
Isbeth Villegas Pichardo. Cuidado de la edición: Carmen  
Itzel Ramírez Rosas, Delfina Careaga y el autor.  
Editor responsable: Félix Suárez.



